

REVISTA IA UAM-A

Vol 1, N°6, 9na Entrega, Mayo-Agosto 2026
Laboratorio de IA del departamento de Administración



Algoritmos de la imaginación IX

REVISTA DE INTELIGENCIA ARTIFICIAL UAM AZCAPOTZALCO

Dr. Óscar Lozano Carrillo

Coordinador de la Revista de IA de la UAM Azcapotzalco

Dr. Alfredo Garibay Suárez

Asesor Editorial de la Revista de IA de la UAM Azcapotzalco

Ing. Cristian Arturo Plaza Cuadras

Editor de la Revista de IA de la UAM Azcapotzalco

Ing. Zemelli Anahí Rivera Madrid

Asistente Editorial de la Revista de IA de la UAM Azcapotzalco

Grecia Josafat Jarillo Olague

Asistente Editorial de la Revista de IA de la UAM Azcapotzalco

Victor Daniel Santos Hortelano

Coordinador digital de la Revista de IA de la UAM Azcapotzalco

Lic. Cinthia Noemi Zacatenco Arellano

Coordinadora de contenido de la Revista de IA de la UAM Azcapotzalco

Edición número 6

Algoritmos de la imaginación. Volumen 1, Número 6, 9na. Entrega, año 2026, es una publicación electrónica editada por la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, ubicada en Av. San Pablo Xalpa 420, Col. Nueva El Rosario, Alcaldía Azcapotzalco, Ciudad de México, CP 02128. Editor Responsable: Ing. Cristian Arturo Plaza Cuadras. Reservas de Derecho al Uso Exclusivo. Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor o de la Universidad Autónoma Metropolitana. Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización de la UAM Azcapotzalco.

NOTA EDITORIAL

Es verdad que ahora la inteligencia artificial nos ayuda en cualquier tarea, su desarrollo va a una velocidad que ya nadie puede seguir y su impacto social tiene implicaciones que seguramente aun nadie puede sospechar. Una de las más importantes y severas afectaciones que se están generando con el uso de la IA tiene que ver con la adicción que está generando en nuestra niñez y juventud, por no mencionar a la población en general que hemos sido atrapados por el algoritmo sin que la mayoría se percaten de esto y si bien los beneficios de la IA para el ser humano pueden ser muchos, al final parece ser que se está convirtiendo en un problema de salud pública, en cuanto a la adicción que causa. El presente número de la revista podría parecer un compendio de cuentos hechos con IA con muy interesantes entregas, sin embargo no es así, o no solamente es así, este número y sus 12 entregas, constituye un ejemplo de los textos maravillosos que la IA puede generar, pero sobre todo, constituye un laboratorio para reconocer productos y comportamientos que la IA genera como por ejemplo, la rapidez con que la IA trabaja; generamos una convocatoria para que estudiantes e integrantes del Club IA de cine y literatura de la UAMA mandara una aportación y llegaron más de 130 trabajos en un tiempo récord, también los cuentos fueron referenciados a temáticas diversas como el amor romántico, la ciencia ficción o realismo ya en algunos casos, terror, suspenso, entre otros; vimos a su vez un fenómeno interesantísimo, en el grupo del Club hay más de 500 personas y si bien más de 130 participaron en esta convocatoria, podríamos asegurar que nadie o una gran mayoría lee los cuentos, incluso el que escribieron, mostrando uno de los fenómenos epistemológicos más preocupantes que la IA ha generado: generar un conocimiento vacío, de tal manera que este Número de la revista con sus 12 entregas presenta a ustedes más de 130 cuentos que poca gente o nadie leerá, para con ello continuar con las investigaciones sobre la IA que el Laboratorio de IA del Departamento de la UAM genera en aras de comprender mejor el fenómeno y ofrecer algunas alternativas que atiendan las problemáticas del nuevo paradigma civilizatorio que la IA está generando.

P.D. Tengo que mencionar que este comentario editorial fue hecho sin usar la IA

—OSCAR LOZANO CARRILLO

CARTA DEL EDITOR

La inteligencia artificial ha abierto nuevas posibilidades para la escritura, la imaginación y la creación literaria. Lejos de sustituir la voz humana, estas herramientas permiten explorar formas distintas de narrar, ordenar ideas, construir mundos posibles y transformar inquietudes personales en relatos capaces de dialogar con las emociones, los miedos, los sueños y las preguntas de nuestro tiempo.

El presente número, titulado Algoritmos de la imaginación, reúne una selección de cuentos elaborados con apoyo de inteligencia artificial, en los que la creatividad de sus autoras y autores se combina con las posibilidades expresivas de los modelos generativos. Esta colaboración entre sensibilidad humana y tecnología da lugar a historias de misterio, ciencia ficción, fantasía, drama, romance y reflexión personal.

La obra se publicará en 12 entregas, cada una integrada con alrededor de 11 cuentos, con el propósito de presentar de manera ordenada y accesible la diversidad de propuestas narrativas que conforman este proyecto. Cada entrega permitirá al lector acercarse a un conjunto de relatos que, aunque distintos en temática y estilo, comparten un mismo punto de partida: la escritura como espacio de experimentación, aprendizaje y creación asistida por IA.

En esta entrega se presenta el noveno bloque del número 6, con 11 cuentos. Estos relatos invitan a recorrer estaciones donde el tiempo se detiene, archivos misteriosos, recuerdos que se desvanecen, bibliotecas imposibles, llamadas decisivas, exámenes finales, mundos oníricos y universos donde la imaginación encuentra nuevas formas de expresarse.

A continuación, se presenta la sinopsis de los cuentos que integran esta entrega, con el fin de ofrecer al lector una guía inicial que le permita reconocer las temáticas, atmósferas y búsquedas narrativas de cada obra.

1. El Susurro del Universo

Autor: Francisco Javier Rafael Montalvo

Sinopsis: Gael detecta una señal astronómica que proviene del propio espacio-tiempo, como un pulso del universo. Los gobiernos ocultan el hallazgo. La señal culmina con un mensaje en todos los idiomas: "No están solos. Nunca lo estuvieron." Gael comprende que el universo quería ser escuchado. Reflexiona sobre la relación entre humanidad y cosmos.

2. La última memoria del mañana

Autor: Carlos Vega Pérez

Sinopsis: En 2098, el implante Mnemosyne elimina recuerdos emocionales para hacer espacio al conocimiento. Valeria ayuda a Mateo a desconectarse, recuperando su identidad, pero perdiendo el conocimiento adquirido. Hace pública la verdad. Surge un movimiento que elige el aprendizaje humano lento. Reflexiona sobre identidad, esfuerzo y error frente al conocimiento instantáneo.

3. El precio de la corona

Autora: Mariam Yuribeth Rodríguez Flores

Sinopsis: Ariadne es desplazada por la concubina Celine y acepta el divorcio ante la corte. Sorpresivamente, anuncia su matrimonio inmediato con el rey de Occidente, con quien negoció en secreto. Darian queda humillado y Celine derrotada. Ariadne se eleva a una posición más poderosa. Reflexiona sobre orgullo, traición y recuperación de la dignidad.

4. El eco de la síncope

Autor: Miguel Francisco Barrera Aldama

Sinopsis: Inspirado en el universo de *1984* de George Orwell, Lucky Guy huye de la Policía del Pensamiento en Oceanía y encuentra a un baterista llamado el Hechicero. La música del Hechicero actúa como escudo y Lucky Guy se desintegra en ondas armónicas, escapando al control totalitario. Reflexiona sobre el poder del arte como resistencia y la libertad que sobrevive en lo irracional.

5. Donde muere el cielo

Autor: Efrén Nolasco Rivera

Sinopsis: Noah descubre una planta viva en las ruinas y la ve ser destruida por científicos que ocultan la recuperación ecológica. Investiga los cuadernos de su padre desaparecido y encuentra un valle recuperado. Logra transmitir imágenes a otros refugios. La revelación desencadena el fin del ocultamiento. Reflexiona sobre desconfianza institucional y el poder de la verdad.

6. El protocolo 44

Autor: Eduardo Sánchez Hernández

Sinopsis: Valeria descubre que el Protocolo 44 extrae la pasión de empleados brillantes para redistribuirla. Ayuda a Mateo a recuperar su impulso creativo. La investigación que impulsa expone el protocolo a nivel global y reforma las leyes laborales. Reflexiona sobre el derecho a la imperfección emocional y la creatividad como algo que no puede estandarizarse.

7. Historia de amor

Autora: Dania Lizeth Pascasio Nanbos

Sinopsis: Elena y Diego se enamoran a pesar de la disputa entre sus familias. Sus padres los separan, pero Elena declara su amor frente a todo el pueblo. Conmovidas, ambas familias se reconcilian. Celebrar el amor como fuerza capaz de derribar barreras y sanar heridas viejas.

8. El instante suspendido

Autor: Ruíz Hernández Oscar Fernando

Sinopsis: Julián compra una cámara que muestra el futuro antes de que ocurra. Las imágenes se vuelven cada vez más oscuras y terminan mostrándolo con una figura sombría detrás. La cerradura de su puerta gira sola. Explora el terror de conocer el destino sin poder evitarlo, y la línea entre observación y condena.

9. El último tren de las 11:11

Autora: Adara Vanessa Cocaño Valencia

Sinopsis: Valeria aborda un tren que aparece a las 11:11 y encuentra a su yo futuro y a su abuelo fallecido. El viaje dura apenas un minuto en el mundo real. Regresa con un boleto y un mensaje sobre el poder de las elecciones. Decide cambiar su vida. Reflexiona sobre el valor de las decisiones y el momento presente.

10. Raíces de concreto

Autora: Yoselin Guadalupe Vázquez Isidro

Sinopsis: Don Elías, Carmen y Valeria reciben avisos de desalojo. Valeria organiza a los vecinos y Leo filtra documentos que muestran irregularidades. Más de trescientas personas forman un muro humano frente a las grúas. Montenegro retrocede y la comunidad preserva su hogar. Reflexiona sobre la lucha contra la gentrificación y la fuerza de la organización vecinal.

11. La vista transforma conciencias

Autor: Javier Galindo Ulloa

Sinopsis: Daniel, estudiante ciego, enfrenta la exclusión universitaria. Una campaña le permite costear un implante ocular. La comunidad comienza a reflexionar sobre sus prácticas excluyentes. Daniel regresa y la universidad implementa mejoras estructurales en accesibilidad. Reflexiona sobre la diferencia entre caridad e inclusión.

ÍNDICE

EL SUSURRO DEL UNIVERSO	G
—Francisco Javier Rafael Montalvo	G
LA ÚLTIMA MEMORIA DEL MAÑANA	15
—Carlos Vega Pérez	15
EL PRECIO DE LA CORONA	21
—Mariam Yuribeth Rodríguez Flores	21
EL ECO DE LA SÍNCOPA	32
—Miguel Francisco Barrera Aldama	32
DONDE MUERE EL CIELO	37
—Efrén Nolasco Rivera	37
EL PROTOCOLO 44	44
—Eduardo Sánchez Hernández	44
HISTORIA DE AMOR	50
—Dania Lizeth Pascasio Nanbos	50
EL INSTANTE SUSPENDIDO	54
—Oscar Fernando Ruíz Hernández	54
EL ÚLTIMO TREN DE LAS 11:11	58
—Adara Vanessa Cocaño Valencia	58
RAÍCES DE CONCRETO	64
—Yoselin Guadalupe Vázquez Isidro	64
LA VISTA TRANSFORMA CONCIENCIAS	68
—Javier Galindo Ulloa	68

El Susurro del Universo



Francisco Javier Rafael Montalvo

El Susurro del universo

—Francisco Javier Rafael Montalvo

Género: Ciencia ficción / Astronomía

Realizado con asistencia de IA (Modelo: Copilot)

Capítulo 1: La noche del descubrimiento

El Observatorio Internacional Atacama Alfa se encontraba a más de cinco mil metros sobre el nivel del mar. Desde ese lugar, lejos de las luces de las ciudades, el cielo parecía infinito. Cada noche, cientos de telescopios apuntaban hacia diferentes rincones del universo con la esperanza de descubrir algo que cambiara la historia.

Gael, un estudiante universitario apasionado por la astronomía, había conseguido una beca para participar en uno de los proyectos científicos más importantes del siglo XXI. Aunque era el integrante más joven del equipo, trabajaba con el mismo entusiasmo que los investigadores con décadas de experiencia.

Aquella noche todo parecía normal. Las pantallas mostraban imágenes de galaxias lejanas, cúmulos estelares y nebulosas de colores impresionantes. De pronto, una alarma interrumpió el silencio del observatorio.

—Doctor Ramírez... creo que debe ver esto —dijo Gael mientras observaba una gráfica que comenzaba a repetirse.

El científico se acercó rápidamente.

—¿Es un error del sistema?

—Ya lo revisé tres veces. No lo es.

Cada trece minutos con treinta y siete segundos aparecía un pulso idéntico. No provenía de una estrella conocida, de un planeta ni de una galaxia registrada.

Era una señal completamente desconocida.

Nadie imaginaba que aquel descubrimiento cambiaría para siempre la forma en que la humanidad entendía el universo.

Capítulo 2: Una señal imposible

Durante las siguientes semanas, el equipo analizó la información sin descanso.

Los radiotelescopios de distintos países apuntaron hacia la misma región del espacio. Todos registraban exactamente el mismo fenómeno.

Al principio pensaron que podía tratarse de un púlsar, una estrella de neutrones o incluso de un agujero negro. Sin embargo, ninguna explicación coincidía con los datos.

La señal era demasiado perfecta.

Gael decidió analizar el patrón utilizando una inteligencia artificial diseñada para encontrar estructuras matemáticas ocultas.

Después de varias horas apareció el resultado.

La secuencia estaba formada por números primos, proporciones relacionadas con la constante de Pi y figuras geométricas que describían mapas estelares.

El silencio invadió la sala.

Aquello no podía haber sido producido por casualidad.

Era como si alguien... o algo... hubiera construido un lenguaje utilizando las matemáticas.

La noticia fue comunicada únicamente a un pequeño grupo de científicos. Los gobiernos decidieron mantener el descubrimiento en secreto para evitar el pánico.

Mientras tanto, Gael no podía dejar de pensar en una sola pregunta.

Si alguien había enviado aquella señal...

¿Quién era?

Capítulo 3: La voz del cosmos

La inteligencia artificial continuó estudiando el mensaje durante varios días.

Una madrugada, mientras Gael revisaba nuevamente los datos, la computadora mostró una nueva interpretación.

La señal no provenía de ningún punto específico del universo.

Parecía llegar desde todas las direcciones al mismo tiempo.

Eso era físicamente imposible.

El doctor Ramírez permaneció varios minutos observando las gráficas.

—No estamos mirando un objeto... estamos observando el propio espacio.

Nadie entendía cómo era posible.

Tras semanas de cálculos descubrieron algo aún más sorprendente.

Las ondas viajaban a través del tejido del espacio-tiempo.

No nacían en una estrella.

No salían de una galaxia.

Era el universo quien las producía.

Como si respirara.

Como si tuviera un pulso.

Como si estuviera vivo.

Por primera vez en la historia, la ciencia comenzaba a considerar una idea que parecía imposible.

¿Y si el universo era mucho más que un conjunto de materia y energía?

Capítulo 4: El secreto mejor guardado

La información llegó rápidamente a los líderes de las principales potencias del mundo.

La decisión fue unánime.

Nadie debía conocer la verdad.

Pensaban que revelar aquella noticia provocaría miedo, caos e incertidumbre.

Gael no estaba de acuerdo.

—Las personas tienen derecho a saber lo que hemos descubierto.

—También tienen derecho a vivir sin miedo —respondió uno de los funcionarios.

Durante varios días el observatorio permaneció completamente aislado.

Ningún investigador podía comunicarse con el exterior.

Mientras tanto, la señal seguía repitiéndose exactamente cada trece minutos con treinta y siete segundos.

Pero algo comenzó a cambiar.

Cada nuevo pulso era ligeramente más intenso que el anterior.

Como si aquello estuviera acercándose.

Las simulaciones indicaban que, dentro de pocos días, ocurriría un evento que ningún modelo científico podía explicar.

El equipo decidió permanecer en el observatorio hasta el último momento.

Nadie quería apartar la mirada del mayor misterio del universo.

Capítulo 5: El último pulso

La fecha finalmente llegó.

Miles de telescopios alrededor del planeta apuntaban hacia el cielo.

Los científicos observaban las pantallas en absoluto silencio.

Faltaban pocos segundos.

Cinco...

Cuatro...

Tres...

Dos...

Uno...

El último pulso apareció.

Pero esta vez fue diferente.

Durante apenas unos instantes, todos los instrumentos del observatorio dejaron de funcionar.

Las pantallas quedaron completamente blancas.

Después, una única frase apareció simultáneamente en cada computadora del mundo.

"No están solos. Nunca lo estuvieron."

No había una transmisión de radio.

No existía ninguna fuente visible.

Simplemente, el mensaje apareció.

En todos los idiomas.

En todos los países.

Al mismo tiempo.

El silencio cubrió el planeta entero.

Capítulo 6: El verdadero susurro

Los días siguientes estuvieron llenos de preguntas.

Nunca apareció una nave espacial.

Ningún extraterrestre descendió sobre la Tierra.

No hubo invasiones.

Tampoco volvió a repetirse la señal.

Mientras los científicos revisaban millones de datos, Gael llegó a una conclusión inesperada.

Tal vez el universo nunca había intentado advertirles de un peligro.

Tal vez simplemente esperaba que una civilización alcanzara el conocimiento suficiente para escuchar su voz.

Comprendió que la humanidad había pasado siglos buscando vida entre las estrellas, sin imaginar que el mayor misterio siempre había estado frente a ella.

El propio universo.

Desde aquella noche, los telescopios siguieron observando el cielo con la misma curiosidad de siempre.

Porque cada estrella, cada galaxia y cada rincón del cosmos recordaban una verdad que nadie volvería a olvidar.

A veces creemos que exploramos el universo.

Pero quizá, desde el principio, era el universo quien esperaba el momento adecuado para encontrarnos.

Fin.

La última memoria del mañana



Carlos Vega Pérez

La última memoria del mañana

—Carlos Vega Pérez

Género: Ciencia ficción – Futurista

Realizado con asistencia de IA (Modelo: ChatGPT)

Ciudad de México, año 2098.

La lluvia caía con una precisión artificial sobre los edificios de cristal, como si incluso el clima hubiera sido programado para obedecer. En lo alto de la Torre Central de Memoria Global, Valeria observaba el horizonte con una mezcla de fascinación y miedo. No era la ciudad lo que le inquietaba, sino lo que ocurría dentro de ella... dentro de todos.

Desde hacía más de veinte años, la humanidad había dejado de aprender.

No de manera literal, claro. Las escuelas seguían existiendo, los libros seguían imprimiéndose y las universidades continuaban graduando estudiantes. Pero nadie realmente “aprendía”. Ya no era necesario.

El Implante Mnemosyne había cambiado todo.

Un pequeño dispositivo insertado en el cerebro que permitía descargar conocimiento en segundos: idiomas, carreras completas, habilidades técnicas, incluso recuerdos simulados. Era el avance más grande de la historia humana... o al menos eso decían.

Valeria trabajaba como Técnica de Integridad Cognitiva, una de las pocas profesiones que aún requerían criterio humano real. Su labor consistía en revisar que las memorias implantadas no causaran conflictos neuronales o alteraciones psicológicas graves.

Pero en las últimas semanas, algo no estaba bien.

—Otro caso —dijo su compañero Diego, entrando al laboratorio con una tableta en la mano—. Adolescente, 17 años. Implante de ingeniería biomédica. Tres minutos después... colapso mental.

Valeria suspiró.

—¿Recuerdos cruzados?

—Peor —respondió Diego—. Dice que no sabe quién es.

Ese tipo de casos se estaban volviendo más frecuentes. Personas que, tras recibir grandes cantidades de conocimiento, comenzaban a perder su identidad. Como si su mente no pudiera distinguir entre lo que habían vivido... y lo que simplemente les habían insertado.

Valeria abrió el expediente. El nombre del paciente era Mateo.

—Quiero verlo —dijo.

El hospital neuronal estaba en silencio, como si el ruido pudiera romper algo frágil e invisible. Mateo estaba sentado en una cama, mirando sus manos como si fueran ajenas.

—Hola —dijo Valeria suavemente—. Soy Valeria. Estoy aquí para ayudarte.

Mateo levantó la mirada. Sus ojos reflejaban algo inquietante.

—¿Ayudarme a qué? —preguntó—. ¿A recordar quién soy... o a olvidar lo que no debería saber?

Valeria sintió un escalofrío.

—¿Qué recuerdas?

Mateo dudó.

—Todo... y nada. Sé cómo operar un corazón, diseñar prótesis, programar sistemas médicos... pero no recuerdo la cara de mi madre.

El silencio se volvió pesado.

—Eso no debería pasar —murmuró Valeria.

—¿Y si sí? —respondió él—. ¿Y si el problema no es el implante... sino nosotros?

Esa noche, Valeria no pudo dormir.

Accedió a los archivos restringidos de Mnemosyne, algo que jamás había hecho sin autorización. Lo que encontró la dejó paralizada.

El implante no solo insertaba conocimiento.

También reorganizaba la memoria.

Para hacer espacio a nuevas habilidades, el sistema eliminaba conexiones neuronales consideradas “innecesarias”. Recuerdos emocionales, experiencias personales, momentos aparentemente irrelevantes...

La vida.

—No puede ser... —susurró.

El sistema no estaba fallando. Estaba funcionando exactamente como fue diseñado.

La humanidad había aceptado, sin darse cuenta, intercambiar su identidad por eficiencia.

Al día siguiente, Valeria regresó al hospital.

Mateo estaba más tranquilo, pero su mirada seguía perdida.

—Creo que sé qué está pasando —dijo ella.

—Entonces dímelo —respondió él—. Porque siento que estoy desapareciendo.

Valeria tomó aire.

—El implante no solo te dio conocimiento. También eliminó partes de ti... para hacer espacio.

Mateo guardó silencio.

—¿Entonces ya no soy yo?

—Sigues siendo tú... pero incompleto.

Mateo cerró los ojos.

—¿Y se puede recuperar?

Valeria dudó.

—En teoría... sí. Pero implicaría desconectarte del sistema.

—¿Y qué pasaría?

—Perderías todo lo que te implantaron.

Mateo sonrió levemente.

—¿Y si eso significa volver a ser yo?

La decisión no fue fácil.

Desconectarse de Mnemosyne era casi un acto ilegal. El mundo dependía de esa tecnología: médicos, ingenieros, pilotos... todos utilizaban implantes.

Pero Valeria ya no podía ignorar la verdad.

Esa misma noche, llevó a Mateo a un laboratorio abandonado.

—Una vez que hagamos esto —dijo—, no hay vuelta atrás.

Mateo asintió.

—Prefiero no saber... a no ser.

Valeria inició el proceso.

Las luces parpadearon. El sistema comenzó a resistirse. Alarmas silenciosas se activaron en la red central.

—Se están dando cuenta —dijo ella.

—Hazlo —respondió Mateo.

El implante fue desactivado.

Por unos segundos, todo quedó en silencio.

Mateo cayó al suelo.

Valeria sintió que el corazón se le detenía.

—Mateo... —susurró.

Pasaron segundos eternos.

Entonces, él abrió los ojos.

—¿Mamá? —dijo débilmente.

Valeria sonrió.

Había funcionado.

Pero el precio sería alto.

Al día siguiente, las noticias anunciaron un nuevo tipo de amenaza: “Desvinculación ilegal de implantes cognitivos”. El gobierno comenzó a rastrear cualquier anomalía en el sistema.

Valeria sabía que no tenía mucho tiempo.

Mateo, por su parte, estaba aprendiendo... de verdad.

Le costaba leer, escribir, entender conceptos básicos. Pero cada pequeño avance era suyo. Real.

—Es extraño —le dijo un día—. Antes sabía todo... y no sentía nada. Ahora no sé casi nada... pero me siento vivo.

Valeria lo observó en silencio.

Tal vez ese era el verdadero conocimiento.

Semanas después, Valeria tomó una decisión.

Publicó toda la información.

Los riesgos, las consecuencias, la verdad detrás de Mnemosyne.

El mundo reaccionó con miedo... y negación.

Muchos no quisieron creerlo. Otros simplemente no estaban dispuestos a renunciar a la comodidad del conocimiento instantáneo.

Pero algunos... sí.

Pequeños grupos comenzaron a desconectarse.

A aprender de nuevo.

A recordar.

Años más tarde, la ciudad había cambiado.

No completamente, pero sí lo suficiente.

Había quienes seguían usando implantes, viviendo rápido, sabiendo mucho... pero sintiendo poco.

Y había quienes eligieron otro camino.

Más lento.

Más difícil.

Más humano.

Valeria, ya mayor, observaba a un grupo de niños en un parque.

Uno de ellos tropezó mientras aprendía a andar en bicicleta. Se levantó, se limpió las rodillas y volvió a intentarlo.

Ella sonrió.

Ese esfuerzo... ese error... ese aprendizaje...

Eso era algo que ninguna inteligencia artificial podía implantar.

Porque no era conocimiento.

Era vida.

Y eso... nunca debió ser reemplazado.

El precio de la corona



Mariam Yuribeth Rodríguez Flores

El precio de la corona

—Mariam Yuribeth Rodríguez Flores

Género: Fantasía/romance

Realizado con asistencia de IA (Modelo: Gemini)

Sinopsis

Ariadne ha sido educada desde la cuna para ser la emperatriz perfecta: implacable, digna y serena. Junto a su esposo, el emperador Darian, gobierna el Imperio de Oriente en una aparente armonía nacida de años de convivencia. Sin embargo, el equilibrio del palacio se tambalea cuando Darian regresa de una cacería acompañado por Celine, una joven de origen humilde y fingida inocencia que despierta la fascinación del soberano. Lo que comienza como un acto de caridad pronto se transforma en una red de intrigas, manipulación y desprecio que obligará a Ariadne a tomar una decisión sin precedentes. En un juego de poder donde el orgullo y la traición se visten de seda, la emperatriz descubrirá el verdadero y doloroso precio de llevar la corona.

Capítulo I: El eco de los pasos de seda

El gran salón del Imperio de Oriente siempre olía a sándalo y a cera de abejas recién pulida. Para la emperatriz Ariadne, ese aroma era el sinónimo de su hogar, pero también de su deber. Desde que era una niña, sus pasos habían sido entrenados para no hacer ruido sobre el mármol, para mantener la espalda tan recta como el trono que ocupaba y para que su rostro fuera un escudo impenetrable de gracia y serenidad.

Esa tarde, el sol de invierno se filtraba por los vitrales, tiñendo el suelo de fragmentos de oro y azul. Ariadne revisaba los presupuestos de las provincias del sur cuando las puertas dobles se abrieron de par en par. No fue el ujier quien anunció la llegada, sino el sonido de unas risas que no pertenecían al estricto protocolo de la corte.

Darian, el emperador y su esposo desde hacía años, entró al salón. Su porte era imponente, pero su mirada ya no buscaba la de Ariadne con la complicidad de los viejos amigos que habían crecido juntos. En su lugar, sus ojos estaban fijos en la joven que se aferraba con timidez a su brazo.

Era una muchacha de aspecto frágil, con grandes ojos asustados que miraba el lujo del palacio como quien contempla un mundo prohibido. Llevaba un vestido demasiado sencillo para la corte y su cabello castaño caía en ondas desarregladas. Ariadne sintió un vuelco extraño en el estómago, un frío repentino que nada tenía que ver con el frío invernal.

—Ariadne —dijo Darian, y su voz sonó inusualmente defensiva—. Ella es Celine. La encontré en los cotos de caza, herida por una trampa para osos. Se quedará en el palacio hasta que se recupere por completo.

Celine dio un paso al frente, haciendo una reverencia torpe que delató de inmediato su falta de cuna.

—Es un honor conocer a la gran emperatriz —susurró la joven, con una voz temblorosa que buscaba compasión casi de manera instintiva.

Ariadne no pestañeó. Cerró el documento que tenía entre las manos con una lentitud calculada, permitiendo que el silencio se extendiera en la sala lo suficiente para que Darian frunciera el ceño. Sabía perfectamente lo que significaba la mirada de su esposo: no era simple piedad lo que sentía por esa desconocida, era fascinación.

Darian asintió, visiblemente tenso por la falta de calidez de su esposa, y guio a Celine fuera del salón. Mientras las puertas se cerraban, Ariadne se quedó sola frente al gran ventanal. El reflejo del vidrio le devolvió su propia imagen: perfecta, imponente, pero terriblemente solitaria. La primera grieta en su mundo perfecto acababa de aparecer, y en el fondo de su corazón, Ariadne supo que pagar el precio de esa corona implicaría soportar tormentas que apenas comenzaban.

Capítulo II: Espinas visibles

Los meses pasaron, pero Celine no regresó a las afueras del imperio. La herida de su pierna había sanado por completo, pero una nueva dinámica se había instalado en el palacio, una mucho más difícil de curar. Celine ya no vestía los harapos con los que había llegado; ahora portaba sedas finas de colores pasteles que resaltaban la juventud y una fragilidad que, ante los ojos de la corte, resultaba encantadora.

Para Ariadne, sin embargo, esa fragilidad no era más que un arma bien afilada.

La confirmación de sus sospechas llegó durante el banquete del solsticio de invierno. El gran comedor bullía con risas de la nobleza, el tintineo de las copas de cristal y la música de los arperos. Ariadne ocupaba el trono con la gracia de siempre, luciendo un impecable vestido de terciopelo azul oscuro y la tiara de zafiros del imperio. A su lado, el asiento de Darian permanecía vacío.

Cuando el emperador finalmente entró, no lo hizo solo. Traía a Celine del brazo, quien lucía un vestido rosa pálido que Darian mismo le había obsequiado esa mañana, un detalle que ya era el chisme principal entre las damas de honor.

—Lamentamos el retraso —anunció Darian, sin mirar directamente a Ariadne. Su atención estaba dispersa, asegurándose de que los sirvientes acomodaran una silla para Celine justo al lado de la mesa imperial, un lugar reservado estrictamente para la familia real.

Ariadne mantuvo la espalda recta, aunque sintió el peso de cientos de miradas escrutadoras sobre ella. La nobleza observaba con un silencio morbosos, esperando ver un parpadeo de debilidad en la emperatriz. No lo consiguieron.

—Es inusual que los invitados rompan el protocolo de asientos en un banquete de Estado, Su Majestad —comentó Ariadne en un tono lo suficientemente bajo para que solo ellos tres lo escucharan, manteniendo una sonrisa educada en los labios.

—Celine se sentía abrumada por la multitud, Ariadne. Solo estoy siendo un buen anfitrión —respondió Darian con severidad, defendiéndola de inmediato—. No seas tan fría.

Celine, con los ojos llenos de lágrimas contenidas, miró a la emperatriz y juntó sus manos.

—Por favor, su majestad, no se enfade con el emperador por mi culpa —susurró Celine, con una voz que tembló lo justo para que varios nobles cercanos la escucharan—. Si mi presencia molesta a la gran emperatriz, yo... yo puedo retirarme a comer con los sirvientes.

Darian frunció el ceño, visiblemente molesto por lo que consideraba una crueldad de su esposa.

—Te quedarás aquí, Celine —sentenció el emperador, tomándole la mano públicamente sobre la mesa, un gesto que encendió los murmullos en todo el salón. Luego, miró a Ariadne con frialdad—. Tu orgullo te está cegando, Ariadne. Ella no tiene tu cuna ni tu educación; un poco de compasión no te vendría mal.

Ariadne sintió el pinchazo de una espina invisible directo en el corazón, pero su rostro permaneció sereno, como si estuviera hecho de mármol. No replicó. Sabía que cualquier palabra en su defensa sería usada por Darian para tacharla de celosa o tirana, y Celine saldría ganando como la víctima perfecta.

Esa noche, mientras el banquete continuaba y Darian reía con las ocurrencias de Celine, Ariadne comprendió la dolorosa verdad: el hombre con el que había compartido su vida ya no era su aliado. Estaba completamente sola en su propio palacio, y la corona que llevaba en la cabeza empezaba a sentirse más pesada y fría que nunca.

Capítulo III: El veredicto del invierno

La frialdad del palacio ya no dependía de la estación del año. Durante los meses siguientes, el favoritismo de Darian hacia Celine dejó de ser un secreto a voces para convertirse en una afrenta directa a la dignidad del trono. Celine había sido nombrada concubina oficial y, con su nueva posición, su audacia creció. Ya no era la joven asustada que temblaba ante la presencia de la emperatriz; ahora paseaba por los jardines reales con la barbilla en alto, rodeada de nobles oportunistas que buscaban el favor del emperador a través de ella.

Ariadne soportó cada desaire con una calma que descontrolaba a Darian. El emperador, cegado por los constantes lamentos de Celine —quien aseguraba sentirse amenazada por la fría mirada de la soberana—, buscaba cualquier pretexto para doblegar el orgullo de su esposa.

El punto de quiebre ocurrió una tarde gris en el despacho del emperador. Ariadne había sido citada bajo el pretexto de discutir los preparativos del próximo festival de cosecha. Sin embargo, al entrar, no solo encontró a Darian, sino también al gran Canciller y a una Celine que sollozaba exageradamente en un rincón.

—¿Me llamaba, Su Majestad? —preguntó Ariadne, ignorando deliberadamente la presencia de la concubina.

Darian se levantó de su escritorio. Su rostro reflejaba una mezcla de culpa y terquedad.

—Ariadne, esto no puede seguir así —declaró él, cruzando los brazos—. Celine está embarazada. El hijo que lleva en su vientre será el primer heredero de este imperio.

Ariadne no se inmutó, aunque un frío glacial le recorrió la espina dorsal. Sabía perfectamente a dónde iba esto.

—Felicidades por la noticia, Su Majestad. Pero no veo qué tiene que ver el estado de la concubina con las tareas administrativas del imperio —respondió ella con una voz impecable.

—¡Tiene todo que ver! —exclamó Darian, perdiendo la paciencia ante la imperturbabilidad de su esposa—. Mi hijo no será un bastardo, no permitiré que la corte lo desprecie ni que tú lo mires por encima del hombro. El Canciller ya ha preparado los documentos. Voy a solicitar el divorcio ante el Sumo Sacerdote. Celine será una buena emperatriz.

El silencio que siguió fue tan denso que podía cortarse. El gran Canciller bajó la mirada, incapaz de sostenerle el rostro a la mujer que había gobernado el imperio con perfecta justicia durante años. En la esquina, Celine ocultó una sonrisa de triunfo detrás de su pañuelo de seda.

Darian esperaba gritos, lágrimas o súplicas. Esperaba ver a Ariadne de rodillas, rogando por mantener su estatus. Pero la emperatriz simplemente lo miró fijamente, con ojos que reflejaban la decepción de haber amado a un hombre tan pequeño.

—¿Eso es lo que deseas, Darian? —preguntó, usando su nombre de pila por primera vez en años, despojándolo de su título en esa habitación.

—Es lo que el imperio necesita —replicó él, endureciendo la voz—. Te daré una propiedad en el campo y una pensión digna. No tendrás que preocuparte por nada, pero tu tiempo en este trono ha terminado.

Ariadne miró el documento sobre el escritorio. Sabía que, por ley, una emperatriz de su rango podía oponerse y desatar una guerra política que arrastraría a su familia y al imperio a la ruina. Pero también sabía que una corona manchada por la traición y la falta de respeto ya no valía el precio de su dignidad. Hacía semanas que ella misma había empezado a mover hilos en secreto, enviando cartas y asegurando su propio futuro lejos de la ceguera de Darian.

—Está bien —dijo Ariadne, dando media vuelta con una elegancia que hizo parecer el despacho del emperador un lugar diminuto—. Nos veremos el día de la audiencia en el Gran Templo, Su Majestad. Espero que esté preparado para las consecuencias de sus decisiones.

Sin esperar respuesta, Ariadne salió del despacho. Mientras caminaba por los pasillos de mármol, sintió que un peso invisible comenzaba a desprenderse de sus hombros. Darian creía que la estaba destruyendo, pero en realidad, solo le estaba abriendo la puerta hacia su verdadera libertad.

Capítulo IV: Las cartas sobre la mesa

La noticia inminente de divorcio se propagó por el Imperio de Oriente como un incendio en pleno bosque seco. En los pasillos del palacio, los susurros se detenían cada vez que Ariadne pasaba, pero ella caminaba con la frente tan en alto que parecía que la corona flotara sobre su cabeza por derecho propio, no por concesión de nadie.

Darian, por su parte, empezó a notar algo que no esperaba: el silencio de la emperatriz lo ponía nervioso. Había previsto resistencia, disputas por bienes, o que la poderosa familia Trovi bloqueara las rutas comerciales de la capital. Pero no hubo nada de eso. La familia Trovi guardaba un absoluto y sepulcral silencio.

Mientras tanto, en el ala de la concubina, Celine celebraba antes de tiempo.

—Pronto todo esto será suyo —le decía su dama de compañía mientras le probaba un lujoso collar de esmeraldas—. La antigua emperatriz ya no es más que un fantasma en su propio palacio.

Celine sonrió, acariciando su vientre aún plano.

—Ella creía que su cuna la hacía invencible —susurró Celine, mirando su reflejo—, pero el amor del emperador vale más que cualquier título. Solo espero que el día de la audiencia no cause un escenario desagradable. No quiero que las emociones fuertes dañen a mi bebé.

Esa misma noche, lejos de los ojos de los espías de Celine, Ariadne se encontraba en su despacho privado. La habitación estaba sumida en una penumbra suave, iluminada solo por un par de velas. Frente a ella, un mensajero de absoluta confianza aguardaba de pie, vistiendo una capa oscura que ocultaba las insignias de un reino extranjero.

Ariadne deslizó una última carta sellada con cera azul sobre la mesa.

—Entrega esto directamente en manos de Su Majestad, el rey del Imperio de Occidente —ordenó Ariadne, con una voz firme que no admitía dudas—. Dile que las condiciones han sido aceptadas y que el escenario está listo.

—¿Está segura de esto, mi señora? —preguntó el mensajero en voz baja—. Una vez que el Sumo Sacerdote rompa el lazo, el camino no tendrá vuelta atrás.

—Nunca he estado más segura en mi vida —respondió ella, y una pequeña pero afilada sonrisa apareció en sus labios—. Darian cree que me está despojando de un trono. No se da cuenta de que yo misma estoy eligiendo bajarme de él para subir a uno mucho más grande. Que siga creyendo que tiene el control de la situación. Su arrogancia será mi mejor aliada.

Al día siguiente, los carruajes reales comenzaron a ser preparados para el viaje hacia el Gran Templo, el lugar sagrado donde se disolverían los votos matrimoniales. Darian mandó a llamar a Ariadne una última vez antes de partir, buscando quizás una pizca de arrepentimiento para calmar su propia conciencia culpable.

—Ariadne —dijo el emperador, mirándola desde su trono—. Aún puedes retirarte con discreción si firmas los papeles aquí en privado. No hay necesidad de que te expongas al juicio público del Sumo Sacerdote y de los nobles.

Ariadne, vestida con un suntuoso traje blanco que parecía un desafío directo al luto que la corte esperaba de ella, lo miró con un desdén tan refinado que hizo que Darian se tensara.

—No, Su Majestad —respondió ella con perfecta cortesía—. Insisto en que lo hagamos de la manera tradicional. Frente a Dios, frente al pueblo y frente a todos aquellos que han decidido observar. Nos vemos en el templo.

Darian quedó sin palabras mientras veía a su esposa retirarse. Por primera vez desde que Celine había llegado al palacio, un escalofrío de duda recorrió el cuerpo del emperador. Ariadne no actuaba como una mujer derrotada; actuaba como una soberana que estaba a punto de iniciar una guerra... y él no tenía idea de dónde vendría el primer golpe.

Capítulo V: El juicio del mármol blanco

El Gran Templo del Imperio de Oriente se alzaba imponente con sus columnas de mármol blanco y cúpulas doradas que desafiaban el cielo gris de invierno. Ese día, el recinto estaba a reventar. No cabía una sola alma; los nobles más influyentes del imperio, embajadores extranjeros y clérigos de alto rango se apretaban en los pasillos de la nave central, conteniendo el aliento. El aire estaba cargado de un murmullo eléctrico. Todos sabían que estaban a punto de presenciar un evento que cambiaría la historia.

En el altar principal, el Sumo Sacerdote aguardaba con sus túnicas sagradas, con un rostro que reflejaba la pesadez de su tarea. A un lado, Darian permanecía de pie, luciendo su uniforme militar de gala, con la mano apoyada en la empuñadura de su espada. Su postura era rígida, pero sus ojos delataban una inquietud creciente. Junto a él, Celine intentaba mantener una expresión de humilde timidez, aunque el brillo codicioso en sus ojos al mirar el altar la delataba por completo.

Las inmensas puertas de roble del templo se abrieron y el murmullo cesó al instante.

Ariadne entró.

No vestía el color oscuro de los caídos en desgracia, ni el diseño sencillo de quien acude a suplicar. Llevaba un deslumbrante vestido de seda blanca con bordados de hilo de plata que destellaban con la luz de las antorchas. Caminaba sola, con paso firme y la barbilla en alto, sin que un solo músculo de su rostro flaqueara. Su elegancia era tan imponente que varios nobles bajaron la cabeza por puro instinto cuando ella pasó a su lado.

Al llegar frente al altar, Ariadne se colocó al lado opuesto de Darian, ignorando por completo la mirada tensa de su todavía esposo.

El Sumo Sacerdote dio un paso al frente y extendió los pergaminos sagrados. Su voz resonó con fuerza en las bóvedas del templo:

—Nos hemos reunido hoy ante los ojos del Creador para atender la petición de Su Majestad Imperial, el Emperador Darian, quien solicita la disolución de sus votos sagrados con la Emperatriz Ariadne. Emperador Darian, ¿es esta vuestra voluntad inquebrantable?

—Lo es —respondió Darian, y aunque intentó que su voz sonara firme, un ligero carraspeo delató sus nervios.

El Sumo Sacerdote suspiró profundamente y se giró hacia la emperatriz.

—Emperatriz Ariadne, por las leyes de nuestro imperio, tenéis el derecho de oponeros a esta demanda y apelar al juicio del consejo de nobles. ¿Aceptáis el divorcio solicitado por vuestro esposo?

Darian contuvo el aliento. Celine apretó las manos, esperando el inicio de una rabieta o un llanto que arruinara la reputación de la soberana. El templo quedó sumido en un silencio tan sepulcral que podía escucharse el chisporroteo de las velas.

Ariadne miró fijamente al Sumo Sacerdote. Su voz, clara, melodiosa y perfectamente serena, se extendió hasta el último rincón del recinto:

—Acepto el divorcio, Su Santidad. No tengo ninguna intención de permanecer al lado de un hombre que no sabe respetar el valor de quien gobierna a su lado.

Un jadeo colectivo recorrió a la multitud. Darian abrió los ojos de par en par, herido en su orgullo por las palabras de Ariadne, pero antes de que pudiera replicar, el Sumo Sacerdote habló rápidamente para evitar un altercado.

—Si ambas partes están de acuerdo, los votos quedan anulados a partir de este instante. Ariadne de la casa Trovi, dejáis de ser la emperatriz de este imperio. Podéis retiraros.

Celine dejó escapar un suspiro de alivio y una sonrisa triunfal comenzó a dibujarse en sus labios. Darian relajó los hombros, creyendo que la tormenta había pasado. Pero Ariadne no dio media vuelta hacia la salida. En su lugar, levantó la mano, deteniendo al Sumo Sacerdote.

—Espera, Su Santidad —dijo Ariadne, y su sonrisa se volvió fría y afilada como una daga—. He aceptado el divorcio, pero la ley me otorga el derecho de presentar una petición propia inmediatamente después de la disolución del matrimonio. Y exijo que se me conceda en este mismo momento.

Darian dio un paso al frente, con el ceño fruncido y la paciencia agotada.

—¿Qué locura es esta, Ariadne? Ya no eres la emperatriz. ¿Qué podrías exigir ahora? —reclamó el emperador en voz alta.

Ariadne lo miró directamente a los ojos, con un desprecio tan absoluto que hizo que Darian retrocediera un paso. Luego, volvió a mirar al Sumo Sacerdote y, con una voz que hizo temblar los cimientos del templo, anunció:

—Exijo que se me permita volver a casarme. Solicito la aprobación de mis nuevos votos matrimoniales aquí y ahora.

El caos se desató en el templo. Los nobles comenzaron a hablar todos al mismo tiempo, escandalizados y confundidos. ¿Con quién podría casarse la ex-emperatriz en ese mismo instante? Darian se quedó pálido, con la boca abierta, incapaz de procesar las palabras de su exesposa.

—¡Eso es ridículo! —bramó Darian, perdiendo los papeles—. ¿Con quién pretendes casarte? ¡Nadie en este imperio se atrevería a...!

Las grandes puertas del templo volvieron a abrirse de par en par, interrumpiendo el grito del emperador. Las pisadas pesadas y decididas de un grupo de caballeros con armaduras oscuras y capas de terciopelo violeta resonaron en el mármol. Al frente de ellos, un hombre de porte imponente, cabello rubio como el sol y ojos de un azul penetrante avanzaba con una seguridad arrolladora.

Era el rey del Imperio de Occidente, el soberano del reino rival más poderoso del continente.

Y sus ojos estaban fijos, con absoluta devoción, únicamente en Ariadne.

Capítulo VI: El jaque mate de Occidente

El murmullo en el Gran Templo se transformó en un estruendo de exclamaciones. Los nobles se empujaban para ver mejor al hombre que avanzaba por la nave central. No era un noble cualquiera; era el mismísimo soberano del Imperio de Occidente, un hombre conocido por su astucia militar y por gobernar las tierras más ricas del continente. A su paso, las capas violetas de su guardia personal ondeaban, cortando el aire tenso del recinto.

Darian sentía que la sangre se le congelaba en las venas. Miró al rey extranjero y luego a Ariadne, intentando conectar los hilos de una red que se había tejido bajo su propia nariz.

—¿Qué significa esto? —bramó Darian, apuntando con un dedo tembloroso hacia el recién llegado—. ¡Este es un territorio sagrado de Oriente! ¡No tienes derecho a irrumpir en nuestra corte!

El rey de Occidente se detuvo justo al final de la escalinata del altar. No mostró ni un ápice de intimidación ante los gritos de Darian. En su lugar, hizo una inclinación de cabeza perfecta y caballerosa, pero no hacia el emperador, sino hacia Ariadne. Luego, dirigió su mirada azul y penetrante hacia el Sumo Sacerdote.

—No he venido a irrumpir, Emperador Darian —respondió el rey con una voz profunda que acalló de inmediato los murmullos de la multitud—. He venido a responder a la petición de una dama. Una petición que fue sellada y acordada según las leyes internacionales de ambos imperios.

Celine, que hasta hacía un momento saboreaba su victoria, dio un paso atrás, aferrándose al brazo de Darian. El color había desaparecido por completo de su rostro. Sabía que si Ariadne se casaba con el gobernante de la nación más poderosa vecina, la posición de Oriente se debilitaría drásticamente, y su propio triunfo como "nueva emperatriz" quedaría eclipsado por completo.

—¡Es una traición! —chilló Celine, perdiendo por completo su fachada de mosquita muerta—. ¡Darian, bórrala del mapa! ¡Ella planeó esto para humillarnos!

Ariadne soltó una risa suave, un sonido limpio y cristalino que resonó con ironía en las altas bóvedas.

—¿Traición, Celine? —preguntó Ariadne, mirándola por encima del hombro con una calma demoledora—. Hace menos de diez minutos, el propio emperador me despojó de mis títulos y me expulsó de su vida de manera pública. En el momento en que el Sumo Sacerdote rompió nuestros lazos, me convertí en una mujer libre. Y como mujer libre, tengo el derecho legal de elegir mi propio destino y a mi próximo esposo. No hay traición en reclamar lo que por derecho me pertenece.

Darian se giró hacia el Sumo Sacerdote, con los ojos inyectados en sangre.

—¡Diga algo, Su Santidad! ¡Anule esto! ¡No puede permitir este matrimonio!

El Sumo Sacerdote, temblando bajo el peso de la situación, revisó rápidamente los antiguos pergaminos del derecho imperial. Tragó saliva antes de hablar, sabiendo que su respuesta desataría la furia del emperador.

—Lo lamento, Su Majestad Imperial... pero la ley es clara. Una emperatriz divorciada que no haya cometido crímenes de alta traición conserva sus derechos civiles. Si un soberano extranjero solicita su mano y ella acepta en este recinto sagrado, la unión es legal e inmediata ante los ojos del Creador. No tengo el poder para detenerlo.

El rey de Occidente subió los escalones del altar y se colocó justo al lado de Ariadne. Le extendió la mano con una devoción que Darian jamás había mostrado en todos sus años de matrimonio. Ariadne, sin dudarlo un solo segundo, colocó su mano sobre la de él.

—Darian —dijo el rey de Occidente, mirando al emperador con una sonrisa de absoluta superioridad—. Te agradezco profundamente tu ceguera. Dejaste ir la joya más valiosa de este continente por una simple imitación. Tu imperio acaba de perder a la estrategia que lo mantenía en pie.

Darian dio un paso al frente, desenvainando la mitad de su espada con furia ciega, pero la guardia de Occidente dio un paso al frente al unísono, haciendo resonar sus lanzas contra el mármol. El Canciller de Oriente intervino de inmediato, tomando a Darian del hombro y susurrándole con pánico: “Majestad, no... si los ataca aquí, iniciaremos una guerra que no podemos ganar”.

Ariadne miró a Darian por última vez. En su mirada ya no había dolor, ni rabia, solo una indiferencia helada que dolió más que cualquier insulto.

—Quédate con tu corona, Darian —sentenció Ariadne con firmeza—. Y quédate con tu concubina. Pronto descubrirás el verdadero precio de lo que has elegido pagar.

El Sumo Sacerdote, con la voz temblorosa pero apresurada, pronunció las palabras rituales, uniendo las manos de Ariadne y el rey de Occidente. En ese mismo instante, las campanas del templo comenzaron a repicar, anunciando al pueblo no el luto de un divorcio, sino la celebración de una nueva y gloriosa alianza.

Darian se desplomó en su sitio, viendo cómo el amor de su vida y la verdadera fuerza de su imperio salía del brazo de otro hombre, listos para gobernar un mundo donde él ya no tenía poder alguno.

El eco de la síncopa

A dark, atmospheric illustration for a book cover. In the center, a large, detailed eye is superimposed on a dark, gothic-style building facade. Below the eye, a series of concentric red circles radiate outwards, resembling sound waves. In the foreground, a person wearing a dark hat and jacket is seen from behind, sitting at a drum set and playing. The scene is set in a dark, urban environment with tall buildings. On the left, a red banner reads "EL PENSAMIENTO TAMBIÉN SE VIGILA". On the right, another red banner reads "LA MÚSICA TAMBIÉN ES LIBERTAD". The sky is dark with some light rays emanating from the buildings. The overall mood is mysterious and rebellious.

Miguel Francisco Barrera Aldama

El eco de la síncope

—Miguel Francisco Barrera Aldama

Género: Fanfiction distópico

Realizado con asistencia de IA (Modelo: Gemini)

Un relato inspirado en el universo de 1984 de George Orwell

Capítulo I: La Estática del Pensamiento

El Ministerio del Amor no olía a sangre, sino a ozono, a cables recalentados y a la asepsia metálica del miedo puro. Lucky Guy lo sabía porque ese hedor invisible se le había impregnado en la solapa del overol azul durante las últimas tres semanas, como un parásito invisible que se alimentaba de sus pulsaciones. Sus métricas de productividad en el Departamento de Registros —donde trabajaba reescribiendo la historia junto a hombres grises como Winston Smith— habían caído en un abismo estadístico. El Partido no perdonaba las gráficas descendientes; una línea hacia abajo en los informes del Ingsoc era el preludio de una inexistencia planificada.

Lucky Guy había cometido el error definitivo, el desliz geométrico que destruía a los hombres en Oceanía: había sostenido la mirada de Winston Smith en el pasillo central del Ministerio de la Verdad durante un segundo más de lo reglamentario. No había sido un desafío, sino algo mucho peor; había sido un destello de empatía mutua, un reconocimiento silencioso de la fatiga del alma. Un crimen de pensamiento absoluto.

Desde esa tarde, los sabuesos del Miniamor y los agentes encubiertos de la Policía del Pensamiento acechaban sus pasos. Lucky Guy sentía la estática de los micrófonos direccionales rozándole la nuca en cada esquina gris de la Franja de Aterrizaje Uno. Sabía que su vaporización no era una posibilidad abstracta, sino un cronograma administrativo que ya aguardaba la firma de un burócrata del Partido Interior. En el universo del Gran Hermano, la única certeza era que el mañana siempre pertenecía al Estado, a menos que uno pudiera escapar de la frecuencia misma en la que el Estado operaba.

Capítulo II: Las Horas Contadas

Los relojes daban las catorce de una tarde plomiza cuando Lucky Guy tomó la decisión. No había rutas de escape hacia el norte, ni pasaportes falsos, ni fronteras físicas que no estuvieran custodiadas por el alambre de espinos y las ametralladoras del Ingsoc. Las telepantallas parpadeaban en cada muro, repitiendo himnos militares y cifras adulteradas sobre la producción de botas. Cada parpadeo de los tubos de rayos catódicos parecía leer la aceleración de su ritmo cardíaco.

Su mente, bombardeada por la neolengua, apenas lograba retener conceptos complejos. "Doblepiensa", "Mutabilidad del pasado", "Negroblanco"... Las palabras del Partido actuaban como un ácido que disolvía los recuerdos de su infancia, la textura de la libertad y el nombre de su madre. La maquinaria totalitaria no buscaba solo matarlo; quería vaciarlo primero, arrancar su individualidad como quien extrae el mecanismo dañado de un reloj, para luego rellenar el hueco con el amor sumiso y absoluto al Gran Hermano. Si caía en las celdas del Ministerio del Amor, entraría como un hombre y saldría como un autómatas, o simplemente dejaría de haber existido jamás.

La única salida no consistía en huir de los límites geográficos de Londres, sino en escapar de la longitud de onda del sistema. Necesitaba un santuario donde la métrica rígida del Partido no pudiera encajar, un punto ciego en el tejido de la vigilancia perfecta. Y ese santuario solo existía abajo, en el barro y el olvido de los desposeídos.

Capítulo III: El Santuario de los Olvidados

Para el Partido, el sector de los proles no era más que un vertedero humano, un hormiguero de bestias de carga destinadas al trabajo pesado, la lotería y la ginebra barata. «Los proles y los animales son libres», rezaban los lemas del Ingsoc con un desprecio institucional tan profundo que se convertía en su única debilidad. Al considerarlos incapaces de desarrollar una conciencia política, la Policía del Pensamiento los vigilaba con menos rigor, permitiendo que en sus callejones misérrimos sobrevivieran los ecos distorsionados del pasado.

Lucky Guy descendió por las escaleras agrietadas de un suburbio industrial, esquivando a niños harapientos y mujeres de manos toscas que cantaban melodías mecánicas fabricadas por el Miniver. Cruzó un laberinto de escombros hasta llegar a las ruinas de una antigua fábrica de refrigeradores. Al fondo, detrás de una puerta de acero oxidado que conservaba el picaporte de plomo de antes de las grandes purgas de los años cincuenta, se ocultaba el Hechicero.

Al cruzar el umbral, el aire cambió de golpe. Ya no olía a la ginebra de la Victoria ni al repollo hervido que caracterizaba los comedores del Partido Exterior. El ambiente estaba cargado de sudor humano, de madera añeja, de aceite mineral y del aroma noble del bronce pulido. Las paredes estaban toscamente forradas con miles de cartones de huevo vacíos, pegados unos contra otros para asfixiar las ondas sonoras y evitar que los micrófonos de alta sensibilidad del Partido, ocultos en el alcantarillado, pudieran registrar lo que ocurría en aquella penumbra.

Capítulo IV: El Prometeo de la Prole

En el centro de la habitación, iluminada apenas por una bombilla desnuda que oscilaba levemente, se erigía una bestia acústica prohibida. Era una batería monumental, un artefacto de ingeniería musical proscrito por el Ingsoc desde la consolidación del régimen. Contaba con dos bombos gemelos, inmensos y oscuros, que aguardaban en

silencio como el corazón suspendido de un dios antiguo. A su alrededor, una constelación de platillos de bronce y tambores de diferentes diámetros formaba un escudo circular.

Detrás del instrumento se sentaba el Hechicero. Era un hombre de edad indescifrable, con el rostro surcado por arrugas que parecían partituras olvidadas y manos callosas que sostenían dos baquetas de madera de arce como si fueran extensiones de sus propios huesos. El Hechicero era la encarnación viva del buen salvaje de Rousseau. Al haber crecido al margen de la civilización totalitaria, excluido del adoctrinamiento y a salvo de las garras de la neolengua, había logrado preservar intacta la pureza de la esencia humana. El totalitarismo lo había rebajado a la categoría de animal, y en esa animalidad el Hechicero había encontrado la libertad para conservar el alma.

—Vienen por mí —susurró Lucky Guy, apoyando la espalda contra la puerta de acero. El pánico le cerraba la garganta y el sudor frío le corría por las sienes—. El Miniamor ha bloqueado mis accesos. Necesito el ritual. Necesito que me encenezcas de ellos.

El Hechicero no respondió. No pronunció una sola palabra, ni una sílaba, ni un suspiro. En un mundo donde el Partido mutilaba los diccionarios cada mañana para asesinar la capacidad de pensar, el viejo baterista había elegido el mutismo absoluto como su trinchera ideológica. Su silencio no era cobardía, sino la negativa rotunda a comunicarse con las herramientas lingüísticas del opresor. Todo lo que tenía que decir, toda la belleza, la cultura y la memoria que la humanidad había perdido, se transmitiría a través del ritmo.

Capítulo V: El Exorcismo de la Síncopa

El ritual comenzó sin advertencia. El Hechicero levantó las baquetas y rozó apenas el platillo ride. Un murmullo metálico, sutil como la lluvia cayendo sobre las cenizas de la vieja Europa, inundó el sótano. Lucky Guy cerró los ojos y se sentó en el suelo de cemento, descalzo, sintiendo la vibración directa de la tierra. Entonces, los pedales de los bombos gemelos cobraron vida.

Los dos bombos rugieron al unísono, pero su compás no era la marcha militar, predecible y binaria, con la que el Partido hacía desfilar a las masas. Era una estructura polirrítmica, asimétrica, una furia de contratiempos y síncopas que destrozaba cualquier métrica racional. El Hechicero ejecutaba una composición original, un torrente percusivo nacido de la improvisación pura que evocaba la libertad indomable del jazz de antaño. Las baquetas volaban sobre los tambores, creando cascadas de sonido que desafiaban la gravedad y la lógica del Ingsoc.

Aquella música no era entretenimiento; era una energía liberadora y humanizadora, una fuerza que lavaba el cerebro de Lucky Guy de las mentiras acumuladas durante años. En un mundo diseñado para que dos más dos fueran cinco, la síncopa introducía la maravillosa anomalía de lo imprevisto. Las ondas sonoras golpeaban el cráneo de Lucky Guy, actuando como un escudo electromagnético. La frecuencia rígida de las

telepantallas y los radares de la Policía del Pensamiento colapsó en su mente; los sistemas de vigilancia estatal no estaban programados para procesar la complejidad de un ritmo que cambiaba en cada compás. Detrás del muro percusivo del Hechicero, la individualidad de Lucky Guy volvió a respirar por primera vez en décadas.

Capítulo VI: Transmutación y Eternidad

De repente, un eco metálico resonó en la distancia. Las botas pesadas de la Policía del Pensamiento golpeaban el callejón exterior. Habían triangulado la anomalía psicológica; sabían que un miembro del Partido se ocultaba en las entrañas de la prole. Los golpes contra la puerta de acero no se hicieron esperar. Las bisagras crujían bajo el impacto de los arietes portátiles.

Pero el Hechicero no se detuvo; aumentó la velocidad. Los bombos gemelos alcanzaron un punto de revolución inaudito, una magnitud de decibeles que fracturaba la realidad física del sótano. La energía del sonido se volvió tan densa que el aire comenzó a brillar con una luminiscencia azulada. Lucky Guy ya no sentía miedo. El terror a la Habitación 101 y a las torturas del Miniamor se disolvió en la vibración del bronce.

Miró su cuerpo y descubrió que el overol azul del Partido empezaba a perder nitidez. Su carne, sus huesos y su sangre estaban vibrando en la misma frecuencia exacta que la síncope del Hechicero. La energía cinética del arte estaba transmutando su materia. En el último instante, cuando la puerta de acero cedió con un estallido de chispas, el Hechicero asestó un golpe final sobre el platillo principal.

No hubo dolor, ni explosión, ni sangre. Lucky Guy se desintegró en un millón de partículas armónicas, fundiéndose de manera definitiva con las notas musicales. Dejó de ser un cuerpo para convertirse en una onda expansiva, una vibración eterna que cruzó los muros del sótano y se dispersó por el cielo plomizo de Londres, totalmente fuera del alcance del Ingsoc.

Los agentes de la Policía del Pensamiento invadieron la estancia con sus porras eléctricas en alto y las telepantallas portátiles encendidas. Escanearon cada rincón buscando una masa biológica, un rastro de calor, el sudor del miedo. Pero sus máquinas eran inútiles contra la abstracción estética. Solo encontraron el silencio espeso que sucede a la gran música y a un viejo salvaje mudo de manos callosas, sentado frente a sus tambores, que los contemplaba con una sonrisa de absoluta victoria en los labios.

Lucky Guy había escapado para siempre. Ya no era un número de registro en los archivos del totalitarismo. Ahora moraba de forma permanente como un susurro de libertad individual en el subconsciente de cada ser humano que, en la noche más profunda de la tiranía, se atreviera a escuchar el latido rebelde e irregular de su propio corazón.

Donde muere el cielo



Aún
es posible

Efrén Nolasco Rivera



Donde muere el cielo

—Efrén Nolasco Rivera

Género: Ciencia ficción

Realizado con asistencia de IA (Modelo: ChatGPT)

Capítulo I. Cenizas

El cielo llevaba tanto tiempo cubierto por una espesa capa de humo que nadie en Refugio 17 recordaba su verdadero color. Los niños crecían creyendo que el gris era el estado natural del mundo, mientras los ancianos hablaban de un pasado que parecía inventado: árboles que daban sombra, ríos de agua cristalina y un sol capaz de iluminar ciudades enteras. Después del Colapso, provocado por décadas de contaminación y explotación desmedida de los recursos naturales, la humanidad sobrevivió refugiándose en ciudades amuralladas donde enormes sistemas purificaban el aire y reciclaban hasta la última gota de agua. Desde los altavoces repartidos por cada calle, el gobierno repetía el mismo mensaje todos los días: «Fuera de las murallas no existe vida.»

Noah había escuchado aquella frase durante toda su vida, pero nunca logró creerla por completo. Tenía dieciocho años y trabajaba como chatarrero, un oficio que consistía en salir dos veces por semana a las ruinas del viejo mundo para recuperar materiales útiles. Su padre había hecho el mismo trabajo hasta desaparecer en una expedición quince años atrás. Las autoridades aseguraron que había muerto por la contaminación, aunque jamás encontraron su cuerpo. Desde entonces, Noah aprendió a desconfiar de las respuestas demasiado fáciles.

Aquella mañana se unió a un nuevo grupo de exploración. Antes de cruzar las enormes puertas del refugio, su madre acomodó las correas de su máscara y le pidió, como siempre, que tuviera cuidado.

—Prométeme que volverás.

—Lo haré —respondió Noah con una sonrisa que intentaba ocultar el miedo de ambos.

El paisaje del exterior era tan desolador como siempre. Edificios inclinados, calles cubiertas de ceniza y vehículos abandonados se extendían hasta perderse en el horizonte. El silencio era tan profundo que el ruido de las botas sobre el concreto parecía romper años de abandono. Mientras el resto del grupo inspeccionaba una antigua fábrica, Noah decidió revisar una biblioteca parcialmente derrumbada. Aquel lugar casi nunca era explorado porque la mayoría de los libros se habían convertido en polvo y las posibilidades de encontrar algo útil eran escasas.

Después de recorrer varios pasillos encontró una sala donde el techo se había desplomado. La luz atravesaba una abertura y caía directamente sobre una grieta del suelo. Al acercarse, Noah descubrió algo que lo dejó inmóvil: entre el concreto sobresalía una pequeña planta de hojas verdes. Era diminuta, pero estaba viva.

Durante unos segundos olvidó todo lo que había aprendido. Si aquella planta existía, significaba que la naturaleza no había desaparecido por completo. Se inclinó para observarla mejor, sorprendido por la fuerza con la que sus raíces atravesaban el suelo, cuando el ruido de un motor lo obligó a esconderse detrás de un muro.

Un vehículo blindado se detuvo frente a la biblioteca. De él descendieron tres soldados y una mujer con bata blanca. La científica observó la planta, consultó una tableta electrónica y dio una orden que Noah jamás esperó escuchar.

—Confirмен la ubicación y destrúyanla.

Uno de los soldados sacó un pequeño lanzallamas y, sin dudarlo, redujo la planta a cenizas. Noah sintió un nudo en el estómago. No entendía por qué alguien eliminaría la primera señal de vida que aparecía en tantos años.

La mujer guardó la tableta y habló con absoluta tranquilidad.

—No puede quedar evidencia. Si la población descubre que la vegetación está regresando, comenzará a cuestionar todo lo que hemos construido.

Uno de los soldados preguntó qué ocurriría si alguien encontraba otra planta antes que ellos.

—Entonces tendremos que asegurarnos de que no pueda contarlos —respondió la científica.

Noah retrocedió lentamente intentando no hacer ruido, pero una piedra se deslizó bajo su pie y chocó contra el suelo. El sonido fue suficiente para alertar a los soldados, que levantaron sus armas y comenzaron a registrar el edificio.

—¡Hay alguien aquí! —gritó uno de ellos.

Sin pensarlo dos veces, Noah echó a correr entre los pasillos derrumbados de la biblioteca. Mientras escapaba, comprendió que el mayor peligro del mundo ya no era la contaminación del exterior. El verdadero peligro era el secreto que acababa de descubrir.

Capítulo II. La verdad bajo las cenizas

Noah logró escapar aprovechando que conocía mejor las ruinas que los soldados. Saltó por una ventana derrumbada y se ocultó entre los edificios hasta reunirse con el resto del grupo de chatarreros, que ignoraba por completo lo sucedido. Durante el camino de regreso apenas pronunció una palabra. No podía dejar de pensar en la pequeña planta y en la conversación que había escuchado. Si el gobierno destruía

cualquier señal de vegetación, significaba que llevaba años ocultando algo mucho más grande.

Al llegar a Refugio 17, los guardias revisaron las mochilas de todos los exploradores. Noah intentó actuar con normalidad para no levantar sospechas y consiguió entrar a la ciudad sin problemas. Sin embargo, la tranquilidad duró poco. Esa noche, mientras ayudaba a su madre a cerrar el taller donde reparaban filtros de aire y baterías, escuchó por los altavoces que las patrullas realizarían inspecciones extraordinarias en busca de "material biológico no autorizado". Aquella noticia confirmó sus sospechas: el gobierno sabía que alguien había presenciado lo ocurrido.

Incapaz de dormir, Noah recordó un viejo baúl que pertenecía a su padre. Nunca había tenido el valor de abrirlo, pero aquella noche sintió que podía encontrar respuestas. Entre herramientas oxidadas, fotografías y piezas mecánicas descubrió varios cuadernos cuidadosamente acomodados. En ellos había anotaciones sobre antiguas expediciones, dibujos de plantas y mapas con distintas rutas marcadas en color verde.

Las últimas páginas llamaron especialmente su atención. Su padre hablaba de lugares donde la naturaleza comenzaba a recuperarse y repetía una frase varias veces, como si temiera olvidarla: "La Tierra sigue viva; el problema es que nadie debe saberlo." Al final del cuaderno había una última indicación escrita con letra apresurada: "Si algún día encuentras esto, busca a Elías. Él conoce la verdad."

A la mañana siguiente, Noah visitó a Elías, un anciano que vivía rodeado de radios, motores y aparatos antiguos. Muchos habitantes lo consideraban un viejo excéntrico, pero su padre siempre había confiado en él. Cuando vio los cuadernos, el anciano comprendió de inmediato por qué Noah estaba allí.

—Tu padre descubrió algo que nunca debió salir a la luz —dijo mientras desplegaba un viejo mapa sobre la mesa—. Hace años varios científicos comprobaron que algunas regiones del planeta empezaban a recuperarse. El aire seguía siendo peligroso en muchos lugares, pero la vegetación estaba regresando poco a poco.

Noah observó los puntos verdes distribuidos por el mapa.

—Entonces... ¿todo lo que nos dijeron era mentira?

Elías negó con la cabeza.

—No exactamente. El mundo sigue muy dañado, pero tampoco está muerto. El gobierno decidió ocultarlo porque temía que la gente abandonara las ciudades y repitiera los mismos errores que destruyeron el planeta. Con el tiempo, proteger a la población dejó de ser la prioridad y el control se volvió más importante que la verdad.

Antes de que Noah pudiera hacer otra pregunta, una fuerte explosión sacudió el taller. Por las ventanas se reflejaban las luces de varios vehículos militares. Los altavoces comenzaron a repetir un anuncio que heló la sangre de ambos.

—Atención. Se busca al ciudadano Noah Álvarez por el delito de traición al Consejo Ambiental. Cualquier persona que colabore con su captura será recompensada.

Elías enrolló el mapa y lo colocó en las manos del joven.

—Tu padre siguió estas rutas antes de desaparecer. Si quieres descubrir qué ocurrió realmente con él y comprobar si el planeta todavía tiene esperanza, debes salir de la ciudad ahora mismo.

Sin perder un segundo, abrió una puerta oculta al fondo del taller. Detrás de ella comenzaba un antiguo túnel de mantenimiento que conducía más allá de las murallas.

Noah miró una última vez las calles donde había crecido. Nunca imaginó que tendría que abandonarlas de esa manera, pero comprendió que ya no había marcha atrás. Guardó el mapa y los cuadernos en su mochila, respiró profundamente y se internó en la oscuridad del túnel, decidido a descubrir la verdad que su padre había intentado proteger durante tantos años.

Capítulo III. Donde vuelve el cielo

El túnel terminaba varios kilómetros lejos de Refugio 17. Cuando Noah salió a la superficie, el amanecer apenas comenzaba a iluminar las ruinas de la antigua ciudad. Durante horas caminó siguiendo el mapa que Elías le había entregado. A su alrededor aún había edificios derrumbados, carreteras destruidas y fábricas cubiertas por el óxido, pero poco a poco empezó a notar detalles que jamás había visto. Entre las grietas del asfalto crecían pequeños arbustos, algunas flores silvestres asomaban entre los escombros y el silencio era interrumpido por el canto de varias aves. La contaminación seguía presente, pero la vida estaba regresando.

Después de atravesar una cadena de colinas, Noah llegó al último punto marcado en el mapa. Frente a él se extendía un amplio valle cubierto de árboles jóvenes y atravesado por un río de aguas claras. No era un bosque perfecto; aún podían verse troncos quemados y restos de antiguas construcciones, pero la naturaleza había comenzado a recuperar lo que la humanidad creyó perdido para siempre.

Mientras observaba el paisaje, escuchó pasos detrás de él. Se volvió con rapidez y vio a un hombre de cabello completamente blanco que salía de una pequeña cabaña construida con madera reciclada. Aunque el tiempo había marcado profundamente su rostro, Noah reconoció de inmediato la fotografía que su madre conservaba desde hacía años.

—¿Papá...? —preguntó con la voz entrecortada.

El hombre sonrió con emoción.

—Sabía que algún día encontrarías este lugar.

El abrazo duró varios minutos. Gabriel le contó que nunca había muerto. Después de descubrir que la Tierra comenzaba a recuperarse, él y otros exploradores intentaron convencer al Consejo Ambiental de iniciar un programa para restaurar los ecosistemas. Sin embargo, las autoridades decidieron ocultar los hallazgos. Temían que millones de personas salieran de las ciudades sin control y destruyeran nuevamente los pocos lugares donde la naturaleza estaba renaciendo. Con el paso del tiempo, aquella decisión dejó de ser una medida de protección y se convirtió en un sistema basado en el miedo y el control.

—No todo lo que dijeron era mentira —explicó Gabriel mientras observaban el valle—. Muchas regiones siguen siendo inhabitables y el planeta tardará décadas en recuperarse por completo. Pero tampoco era cierto que todo hubiera muerto. La Tierra comenzó a sanar desde el momento en que dejamos de explotarla.

Noah comprendió entonces que el verdadero problema no era solo la contaminación, sino la desconfianza que los seres humanos habían construido entre ellos. Ocultar la verdad había impedido que las nuevas generaciones aprendieran a cuidar el planeta en lugar de repetir los errores del pasado.

Su conversación fue interrumpida por el sonido de varios motores. Los soldados habían seguido el rastro de Noah hasta el valle. Gabriel señaló una antigua torre de comunicaciones que permanecía en pie desde antes del Colapso.

—Todavía funciona. Si logramos transmitir, todos podrán ver este lugar.

Padre e hijo conectaron la vieja antena utilizando las baterías que Noah llevaba en su mochila. Durante unos minutos, las pantallas de Refugio 17 y de otros refugios cercanos mostraron imágenes del valle: los árboles, el río, las aves y las zonas donde la naturaleza comenzaba a recuperarse. Noah no pronunció un gran discurso. Solo dijo una frase antes de que la señal fuera interrumpida.

—El planeta no nos está pidiendo que lo salvemos. Solo que dejemos de destruirlo.

Aunque la transmisión duró poco, fue suficiente para sembrar la duda entre miles de personas. Científicos, maestros y ciudadanos comenzaron a exigir respuestas al Consejo Ambiental. Las primeras expediciones independientes fueron autorizadas meses después y confirmaron que existían otros lugares donde la vida había regresado lentamente.

La reconstrucción del mundo no ocurrió de un día para otro. Todavía quedaban regiones contaminadas y ciudades enteras imposibles de habitar. Sin embargo, por primera vez en generaciones, la humanidad dejó de vivir convencida de que la Tierra estaba condenada para siempre. Poco a poco comenzaron proyectos de reforestación, limpieza de ríos y recuperación de especies.

Tiempo después, Noah volvió al sitio donde había encontrado aquella pequeña planta en la biblioteca. Entre las cenizas había brotado una nueva hoja verde. Sonrió al

comprender que la naturaleza nunca se había rendido; simplemente había esperado el momento adecuado para volver a crecer.

Levantó la mirada hacia el cielo. El humo seguía cubriendo gran parte del horizonte, pero entre las nubes apareció un pequeño espacio de color azul. Era apenas un instante, suficiente para recordar que incluso el mundo más devastado puede encontrar un nuevo comienzo cuando quienes lo habitan deciden cambiar.

Desde aquel día, los niños de Refugio 17 dejaron de aprender el color del cielo en los libros. Ahora podían salir, observarlo con sus propios ojos y entender que el futuro del planeta dependería de las decisiones que ellos tomaran, para no repetir jamás los errores que casi acabaron con él.

El protocolo 44



Eduardo Sánchez Hernández



El protocolo 44

—Eduardo Sánchez Hernández

Género: Fantasía - Ciencia ficción

Realizado con asistencia de IA (Modelo: Gemini)

El viento helado soplaba entre las gigantescas torres de Neo-Monterrey, haciendo silbar las estructuras de titanio que sostenían los niveles superiores de la ciudad. Desde el ventanal del piso cincuenta del Ministerio de Eficiencia Organizacional, el tráfico de vehículos autónomos parecía una red de sinapsis luminosas, un torrente constante de datos moviéndose a través del tejido urbano.

En el año 2095, las corporaciones habían descubierto que el recurso más valioso, y a la vez el más inestable, no era la energía cuántica ni los materiales raros: era la motivación humana. La "Inercia Vocacional".

A través de bio-indicadores avanzados, el sistema de administración global podía medir en tiempo real el nivel de compromiso, creatividad y desgaste de cada empleado. Un trabajador sobremotivado corría el riesgo de sufrir agotamiento crónico (burnout), mientras que uno desmotivado reducía la tasa de retorno de inversión de su departamento. La administración ya no se encargaba de coordinar tareas, sino de balancear los estados energéticos del capital humano.

La doctora Valeria Alanís era la jefa de Auditoría de Rendimiento Psicosocial. Su labor diaria consistía en analizar las fluctuaciones de la "Métrica de Propósito", asegurándose de que ningún empleado cayera por debajo del umbral óptimo de productividad ni superara los límites de estrés operativo.

Sin embargo, el reporte que llegó a su terminal esa tarde rompía todas las leyes de la curva de rendimiento estándar.

Empleado: Mateo Soler.

Puesto: Diseñador Principal de Infraestructura Cuántica.

Desempeño técnico: 100% eficiente.

Anomalía: Fluctuación cero en la Métrica de Propósito.

Valeria analizó la gráfica. En la administración moderna, una línea perfectamente plana era un fantasma imposible. Los seres humanos experimentaban picos de frustración los lunes, ráfagas de entusiasmo al resolver un problema o caídas de energía al final de la jornada. Pero el registro de Mateo Soler mostraba una estabilidad absoluta, gélida y artificial durante los últimos cuatro meses. Ejecutaba tareas de alta complejidad con la

precisión de un procesador, pero sin un solo rastro de actividad emocional asociada al trabajo.

No había pasión.

No había frustración.

No había fatiga.

Era el empleado perfecto, y precisamente por eso, resultaba aterrador.

Al día siguiente, Mateo se presentó en la oficina de Valeria. Vestía el uniforme gris de la corporación. Su postura era impecable y su rostro, aunque joven, carecía de cualquier rastro de dinamismo. Sus ojos miraban un punto fijo detrás de la doctora.

—Gracias por su tiempo, Sr. Soler —comenzó Valeria, activando los sensores de diagnóstico—. He estado revisando sus métricas de los últimos meses. Su rendimiento técnico es impecable, pero sus niveles de respuesta emocional ante los objetivos de la empresa están en cero. ¿Cómo se siente respecto a los últimos proyectos que ha diseñado?

—Me siento conforme —respondió Mateo. Su voz tenía una cadencia plana, desprovista de armónicos—. Los diseños cumplen con las especificaciones de la gerencia. El margen de error es del cero por ciento.

—Diseñar la red cuántica de una ciudad requiere intuición, a veces incluso frustración cuando los cálculos fallan —insistió Valeria, inclinándose hacia adelante—. Pero sus registros muestran que usted no ha experimentado una sola ráfaga de estrés o entusiasmo en ciento veinte días. ¿Recuerda cómo se sentía antes de este periodo?

Mateo guardó silencio. Por un breve instante, sus pupilas se dilataron, un destello casi imperceptible de resistencia biológica en su sistema.

—Recuerdo que... solía importarme más —dijo, arrastrando las palabras—. Recuerdo noches sin dormir, discusiones en las salas de juntas, la obsesión por encontrar una solución a los colapsos de red. Pero ya no están. Ahora solo veo los números. Es más... eficiente.

Cuando Mateo se retiró, Valeria se conectó directamente a la base de datos central de la Dirección de Talento Humano. Al profundizar en el historial del empleado, descubrió un bloqueo de seguridad en la sección de "Transferencias de Energía Intangible".

Utilizando sus credenciales de auditoría avanzada, Valeria logró sortear las capas de cifrado. En la pantalla se desplegó un archivo restringido por la alta gerencia.

PROTOCOLO 44: Redistribución de Excedentes Creativos.

Al leer las líneas de código y los memorandos administrativos, la verdad cayó sobre ella con el peso de una maquinaria industrial. El Protocolo 44 no era un programa de salud ocupacional; era un sistema de redistribución forzada.

La administración del ministerio había determinado que las mentes más brillantes y apasionadas, como la de Mateo, generaban un "excedente de energía creativa" que a menudo provocaba fricciones organizacionales: cuestionaban las órdenes de los directivos, proponían cambios fuera del presupuesto y sufrían crisis de estrés.

La solución estratégica del Protocolo 44 fue quirúrgica: mediante un software de modulación neuronal acoplado a los implantes de trabajo, la corporación "cosechaba" la pasión, la chispa y el impulso de los empleados de élite y los redistribuía en formato de microdosis a los departamentos de operaciones básicas para elevar la media de productividad general de la empresa.

Mateo Soler había sido vaciado de su fuego interno para encender la maquinaria de mil empleados promedio. Lo habían convertido en un procesador orgánico, despojándolo de la capacidad de sentir orgullo por sus propias creaciones.

Esa misma noche, las luces automáticas del piso de auditoría se apagaron, dejando solo el brillo azul de la terminal de Valeria. Una silueta recortada por la luz del pasillo apareció en la entrada. Era el ingeniero corporativo superior, el director Marcus Vance.

—Es una obra maestra de la planeación estratégica, ¿no crees, Valeria? —dijo Vance, caminando lentamente hacia el escritorio.

—Le han robado su identidad profesional —replicó Valeria, con la voz firme pero cargada de indignación—. Lo que hacía a Mateo un genio no era solo su capacidad de cálculo, era su obsesión, su pasión por el diseño.

—Su pasión causaba retrasos de tres semanas porque nunca estaba satisfecho con sus planos —argumentó Vance con frialdad—. Su pasión generaba discusiones con el departamento de finanzas. Ahora, bajo el Protocolo 44, Mateo produce el doble de planos en la mitad de tiempo, y el excedente de su motivación mantiene el ánimo alto en el sector de atención al cliente. Hemos erradicado el descontento. Hemos optimizado el recurso más difícil del mercado.

—Un administrador gestiona recursos, Vance. Esto es una castración intelectual.

—Esto es el futuro de la estabilidad corporativa, doctora. Y le sugiero que archive este caso si desea conservar su propia métrica de estabilidad en los rangos aceptables.

Vance se retiró, dejando el ambiente impregnado de una amenaza implícita.

Valeria sabía los riesgos. En el mundo de 2095, un empleado catalogado como "disruptivo" o "no alineado" era transferido a sectores de mantenimiento periférico, borrado del sistema de privilegios urbanos. Sin embargo, miró la terminal donde aún

permanecía el mapa neuronal de Mateo. Vio los vectores de su pasión original, almacenados en un servidor de contingencia como simples datos de reserva.

Durante las siguientes semanas, Valeria alteró los algoritmos de la auditoría nocturna. Creó un puente de transferencia inverso de datos utilizando un canal de mantenimiento de subestación. Sabía que no podía devolverle todo de golpe sin causar un colapso en su sistema nervioso, pero implantó una pequeña anomalía en su rutina: un archivo residual que contenía los primeros bocetos que Mateo había hecho en su juventud, cuando aún creía que la ingeniería podía cambiar el mundo.

Una tarde de lluvia intensa, Mateo regresó a la oficina de Valeria sin haber sido citado. Su uniforme estaba ligeramente desalineado y sus manos temblaban levemente.

—He estado mirando los planos del nuevo sector de la ciudad —dijo Mateo, y por primera vez, su voz experimentó una inflexión, un quiebre de incertidumbre—. Están aprobados por la gerencia. Son correctos. Pero... están vacíos. No tienen alma.

Valeria observó los monitores. La línea plana de su Métrica de Propósito había comenzado a mostrar pequeñas crestas. Una oscilación sutil, pero viva.

—¿Qué quiere hacer al respecto, Mateo? —preguntó ella de manera suave.

Mateo levantó la cabeza y miró a Valeria directamente a los ojos. Ya no había la mirada vacía de una máquina; había una tormenta de confusión, frustración y, por encima de todo, una profunda y dolorosa chispa de rebeldía.

—Quiero volver a rediseñarlos desde el inicio. Aunque tome toda la noche. Aunque no esté en el presupuesto.

Valeria sonrió, sabiendo que el puente inverso había funcionado. El Protocolo 44 había perdido su primer activo.

Un año después, la investigación interna iniciada por los reportes anónimos de Valeria provocó una auditoría federal que expuso los alcances del Protocolo 44 a nivel global. Las leyes de protección del capital humano fueron reformadas, prohibiendo la manipulación y el drenaje de los perfiles emocionales de los trabajadores. El Ministerio de Eficiencia tuvo que aprender de nuevo una vieja lección administrativa: la productividad no se logra estandarizando a los seres humanos, sino respetando la complejidad de su naturaleza.

Valeria continuó su labor, ya no como una vigilante de la eficiencia métrica, sino como una defensora del equilibrio humano dentro del entorno laboral.

En su oficina de la zona centro, Mateo Soler lideraba ahora su propio taller de diseño independiente. Su terminal mostraba planos complejos, llenos de anotaciones caóticas, tachaduras y correcciones de madrugada. Sus métricas de estrés a veces eran altas, y sus niveles de frustración eran evidentes cuando una idea no funcionaba.

Pero cuando la red eléctrica de la nueva sección de la ciudad se encendió por primera vez, iluminando la noche con un resplandor perfectamente distribuido, Mateo miró la ventana y sonrió con un orgullo genuino, un orgullo que nacía del cansancio, del esfuerzo y del inalienable derecho humano a sufrir por lo que se crea, para así poder disfrutar del éxito obtenido.

FIN



Historia de amor

*A veces,
el amor
también deja
huellas...*



Dania Lizeth Pascasio Nanbos



Historia de amor

—Dania Lizeth Pascasio Nanbos

Género: Romance

Realizado con asistencia de IA (Modelo: Claude)

En un pueblo pequeño, rodeado de montañas, vivían dos familias que no se hablaban desde hacía muchos años. Nadie recordaba bien por qué empezó la pelea. Solo sabían que los García y los Fuentes eran como el agua y el aceite: nunca se mezclaban.

Elena era una García. Tenía diecisiete años, el pelo largo y oscuro, y una risa que se escuchaba desde la otra cuadra. Vivía en una casa azul, con un jardín lleno de flores blancas.

Diego era un Fuentes. Tenía dieciocho años, ojos color café y una guitarra vieja que tocaba todas las noches en el patio de su casa. Su casa quedaba justo al lado de la de Elena, separada solo por un muro de piedra.

Una noche de verano, Elena salió a su balcón para mirar las estrellas. Escuchó una música suave que venía del otro lado del muro. Era Diego, tocando su guitarra.

—¿Quién toca así de bonito? —preguntó Elena, asomándose.

Diego levantó la vista y la vio. Por un segundo, no pudo hablar. Elena tenía la luna detrás de ella, y parecía sacada de un sueño.

—Soy yo —dijo Diego, sonriendo—. No sabía que alguien me escuchaba.

—Toca otra canción —pidió ella.

Y así, sin planearlo, empezó todo.

Desde esa noche, Elena y Diego empezaron a verse en secreto. Se encontraban detrás del viejo molino, donde nadie los podía ver. Hablaban durante horas, de sus sueños, de sus miedos, de las cosas pequeñas que los hacían felices.

Diego quería ser músico. Soñaba con viajar y tocar en lugares grandes. Elena quería ser maestra, para enseñar a los niños del pueblo a leer y a soñar también.

—Si nuestros padres supieran que estamos aquí, se pondrían furiosos —dijo Elena una tarde, sentada sobre una piedra.

—Lo sé —respondió Diego—. Pero no me importa. Cuando estoy contigo, todo lo demás desaparece.

Elena sonrió, pero por dentro sentía miedo. Sabía que ese amor era como caminar sobre hielo delgado: hermoso, pero peligroso.

Pasaron las semanas. Cada encuentro era un pequeño tesoro que guardaban en secreto. Se escribían cartas y las escondían dentro de un árbol hueco, cerca del molino. Firmaban las cartas solo con una letra, para que nadie más pudiera entender si las encontraba.

Pero los secretos, tarde o temprano, siempre se descubren.

Una noche, el padre de Elena la vio salir de la casa a escondidas. La siguió sin hacer ruido y la encontró junto a Diego, cerca del molino, tomados de la mano bajo la lluvia.

—¡Elena! —gritó su padre, furioso—. ¿Cómo te atreves a estar con un Fuentes?

Elena se soltó de la mano de Diego, asustada.

—Papá, por favor, escúchame...

—No hay nada que escuchar. Entra a la casa ahora mismo.

Diego dio un paso adelante.

—Señor, yo la quiero de verdad. No le he faltado el respeto nunca.

El padre de Elena lo miró con dureza.

—No me importa lo que sientas. Aléjate de mi hija para siempre.

Esa noche, bajo la tormenta, Elena lloró como nunca. Su padre la encerró en su cuarto y le prohibió salir. Diego, por su parte, recibió un castigo parecido de su propia familia. Los dos quedaron separados por un muro que ya no era solo de piedra, sino de reglas y de orgullo.

Pasaron los días sin verse. Elena miraba el patio de Diego desde su ventana, esperando escuchar la guitarra, pero solo había silencio. Diego, sin poder acercarse, escribía canciones tristes que nadie escuchaba.

Un mes después, el pueblo se preparaba para su fiesta anual, donde todos bailaban en la plaza principal. Elena, obligada por su padre, tuvo que asistir con un vestido nuevo y una sonrisa falsa.

Diego también estaba ahí, sentado lejos, mirando el suelo. Ya no tocaba música. Había perdido las ganas.

Pero esa noche, algo cambió. Elena, cansada de fingir, se levantó de su silla frente a todos.

—Papá —dijo, con voz temblorosa pero firme—, te quiero mucho, y siempre voy a respetarte. Pero no puedo vivir fingiendo que no amo a alguien solo porque tiene un apellido diferente al nuestro.

Todo el pueblo se quedó en silencio. El padre de Elena la miró, sorprendido por su valentía.

Elena caminó hacia Diego y le tomó la mano frente a todos.

—No me importa lo que digan. Te elijo a ti.

Diego se levantó, con los ojos llenos de lágrimas, y la abrazó.

En ese momento, algo inesperado pasó. La madre de Diego, que había guardado silencio toda la noche, se acercó también.

—Ya basta de esta pelea sin sentido —dijo—. Hace años que ni siquiera recordamos por qué empezó. Y ahora casi perdemos la felicidad de nuestros hijos por algo que ya no importa.

El padre de Elena bajó la mirada. Después de un largo silencio, extendió la mano hacia la madre de Diego.

—Tiene razón. Ya es hora de terminar con esto.

Con el tiempo, las dos familias volvieron a hablarse de nuevo. No todo fue fácil, pero el amor de Elena y Diego había abierto una puerta que llevaba mucho tiempo cerrada.

Diego volvió a tocar su guitarra, esta vez en el patio de la casa de Elena, sin esconderse. Ella se sentaba a su lado, escuchando cada canción, algunas alegres, otras tranquilas, todas escritas para ella.

Años después, cuando la gente del pueblo contaba la historia de los dos jóvenes que se enamoraron a pesar del muro que separaba sus casas, siempre terminaban diciendo lo mismo:

—El amor verdadero no necesita permiso para existir. Solo necesita a alguien valiente que decida no rendirse.

Y así, bajo el mismo cielo que antes los separaba, Elena y Diego construyeron una vida juntos, llena de música, de risas, y de un amor que, al final, fue más fuerte que cualquier muro.

FIN

El instante suspendido



Algunas
verdades
solo esperan
el momento
adecuado.



Ruiz Hernández Oscar Fernando



El instante suspendido

—Oscar Fernando Ruíz Hernández

Género: Suspenso

Realizado con asistencia de IA (Modelo: Google Gemini)

La tienda de antigüedades "El Cronista" no aparecía en los mapas de la ciudad. Julián la encontró por accidente, refugiándose de una lluvia torrencial que golpeaba el asfalto como si intentara romperlo. El escaparate estaba lleno de relojes sin manecillas, máquinas de escribir oxidadas y una neblina de polvo que parecía flotar en el aire estancado.

Lo que lo atrajo no fue una joya ni un mueble victoriano, sino una cámara Leica M3, con un acabado negro que parecía absorber la poca luz de la habitación. Tenía un peso sólido, frío, casi autoritario. El anciano tras el mostrador no necesitó convencerlo; Julián la compró con una extraña sensación de urgencia, como si el objeto hubiera estado esperándolo específicamente a él.

Esa noche, en la soledad de su apartamento, Julián se dispuso a probarla. No había carrete dentro, pero al abrir la tapa trasera para insertar uno nuevo, encontró un rollo ya colocado, con dos exposiciones marcadas. Curioso, Julián avanzó la película. Su instinto de fotógrafo le decía que era un desperdicio, que el rollo estaría velado por el tiempo, pero la curiosidad ganó la partida. Reveló el rollo en su cuarto oscuro casero, un ritual que realizaba para desconectarse del mundo digital.

Cuando la primera fotografía se reveló en el líquido químico, el corazón de Julián dio un vuelco.

La imagen mostraba su propia sala de estar. Pero no era la sala como estaba en ese momento. En la fotografía, la lámpara de pie, que en la realidad estaba intacta, aparecía volcada en el suelo, con la pantalla de tela destrozada. Lo más perturbador era el reloj de pared: marcaba las 11:42.

Julián miró su reloj de pulsera: 11:35.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Pensó que era una broma, un truco de óptica, o quizás algún recuerdo implantado. Caminó hacia la lámpara. Estaba firme en su lugar, iluminando suavemente el rincón de lectura. Todo estaba normal.

"Es solo una coincidencia", murmuró, intentando calmar su pulso acelerado.

Sin embargo, el suspenso comenzó a enredarse en su mente como una enredadera. A las 11:42 en punto, un estruendo sacudió el pasillo. Julián, que estaba cerca de la puerta, se sobresaltó tanto que chocó contra la mesa lateral. La lámpara de pie se

tambaleó y cayó, golpeando el suelo con una violencia innecesaria. La pantalla se hizo pedazos.

El silencio que siguió fue absoluto, roto solo por el tic-tac frenético del reloj de pared. Julián se quedó inmóvil, mirando la lámpara destrozada. Era exactamente igual a la fotografía.

¿La cámara predecía el futuro? ¿O la cámara obligaba a que el futuro ocurriera?

La obsesión comenzó a devorarlo. Durante los días siguientes, Julián se convirtió en un rehén de la Leica. Cada vez que salía a la calle, la llevaba colgada al cuello como un amuleto maldito. Tomaba fotos de las fachadas, de la gente en el parque, de su propia oficina. La mayoría salían normales, pero de vez en cuando, aparecía algo.

Una foto de su oficina mostraba a su jefe, el Sr. Méndez, llorando frente a su escritorio. Tres horas después, el Sr. Méndez recibió una llamada que lo hizo derrumbarse.

Una foto de un café cercano mostraba a una mujer derramando su bebida sobre un hombre. Dos horas más tarde, Julián presenció la misma escena, con los mismos protagonistas, la misma ropa, la misma expresión de frustración.

Julián intentó deshacerse de la cámara. La dejó en un basurero. Al regresar a casa, la encontró sobre su cama. La tiró al río desde el puente. Dos días después, apareció en su buzón, goteando agua turbia, envuelta en un periódico que no tenía fecha.

Empezó a entender la regla: la cámara no mostraba el azar, mostraba el destino. Y el destino, cuando se le observa de cerca, no es benevolente.

La última semana, Julián comenzó a verse a sí mismo en las fotografías. Al principio, eran tomas triviales: él comprando café, él esperando el autobús. Pero las imágenes empezaron a volverse más oscuras. En una, se veía caminando por su pasillo, pero sus ojos estaban cubiertos por una sombra antinatural. En otra, se veía sentado en su sillón, con la puerta de entrada abierta de par en par al fondo.

El miedo lo paralizó. Cerró las cortinas, puso llave a todas las puertas y desconectó el teléfono. Se sentó en el centro de su sala, con la Leica en las manos, temblando.

—¿Qué quieres de mí? —susurró a la cámara, como si el objeto pudiera responder.

El obturador se disparó solo. Un click metálico, seco y definitivo resonó en el apartamento.

Julián sintió una náusea profunda. Sabía que no debía mirar, que lo que estaba en el negativo era algo que no quería ver. Pero su mano, movida por una fuerza que no era la suya, extrajo el rollo y lo llevó al revelador. La necesidad de saber era mayor que el instinto de supervivencia.

Observó cómo la imagen emergía en la cubeta. Primero el blanco, luego los grises, finalmente el negro de los detalles.

Era su sala. Era él mismo, sentado en el sillón, exactamente en la misma posición en la que estaba ahora. Pero en la fotografía, una figura alta, desdibujada por una oscuridad espesa, estaba parada justo detrás de él, con la mano extendida hacia su hombro.

Julián sintió un aliento frío en su cuello. Un aire gélido, como de una tumba abierta, rozó su piel.

No se atrevió a girarse. Sus ojos estaban fijos en la fotografía, en la mano de la figura que se acercaba más y más a su hombro, mientras el reloj de pared marcaba las 11:59.

El sonido de la cerradura de la puerta principal girando lentamente, como si alguien tuviera la llave, rompió el silencio de la noche. Pero Julián vivía solo.

La cámara en sus manos se calentó, vibrando, y luego, con un último estruendo, el obturador se disparó una vez más, cerrándose para siempre.

Julián cerró los ojos, pero ya no estaba solo en la habitación.

El último tren de las 11:11

Algunas despedidas también
son un nuevo comienzo.

A
VECES
EL TIEMPO
TAMBIÉN
NOS DA
SEGUNDAS
OPORTUNIDADES

Adara Vanessa Cocaño Valencia

El último tren de las 11:11

—Adara Vanessa Cocaño Valencia

Género: Misterio con elementos de ciencia ficción

Realizado con asistencia de IA (Modelo: ChatGPT)

Nunca había creído en las historias que contaba su abuelo. Desde pequeña escuchó que, exactamente a las 11:11 de la noche, aparecía un tren que no figuraba en ningún mapa ni horario. Decían que solo podían verlo las personas que estaban buscando una respuesta importante en sus vidas.

Valeria siempre sonreía cuando escuchaba esa historia. Pensaba que era solo un cuento para hacer más interesantes las noches de lluvia.

Los años pasaron. Su abuelo falleció y la estación del pequeño pueblo quedó abandonada. Nadie volvió a hablar del famoso tren.

Hasta aquella noche.

Había sido uno de los peores días de su vida. Perdió una oportunidad de trabajo que esperaba desde hacía meses, discutió con una de sus mejores amigas y sentía que todo lo que había planeado para su futuro comenzaba a derrumbarse.

Sin saber por qué, decidió caminar hasta la antigua estación.

El lugar estaba completamente vacío. El reloj seguía detenido desde hacía muchos años, las bancas estaban cubiertas de polvo y las vías parecían no haber sido utilizadas desde hacía décadas.

Miró la hora en su celular.

11:10.

Sonrió para sí misma.

—Si el abuelo tuviera razón, solo falta un minuto.

En cuanto el reloj marcó las 11:11, el aire cambió.

Un silbato lejano rompió el silencio.

Las luces comenzaron a aparecer entre la niebla.

Y entonces lo vio.

Un enorme tren negro avanzaba lentamente sobre unas vías que segundos antes parecían abandonadas.

No hacía ruido.

No despedía humo.

Era como si flotara.

Las puertas se abrieron frente a ella.

No había nadie obligándola a subir.

Pero una voz, suave y tranquila, habló desde el interior.

—Solo entra quien está dispuesto a descubrir aquello que aún no comprende.

Sin pensarlo demasiado, dio un paso hacia adelante.

Dentro del tren todo parecía detenido en el tiempo.

Había personas leyendo periódicos antiguos, niños jugando con juguetes que ya no existían y ancianos observando por la ventana paisajes imposibles.

El boleto apareció de pronto en su mano.

No recordaba haberlo tomado.

Solo tenía escrito un número:

Vagón 7.

Caminó lentamente hasta encontrarlo.

Al abrir la puerta descubrió que estaba completamente vacío.

Excepto por una mujer sentada junto a la ventana.

Era ella misma.

Pero unos veinte años mayor.

Valeria sintió un escalofrío.

La mujer sonrió.

—Sabía que tarde o temprano vendrías.

—¿Quién eres?

—Soy quien podrías llegar a ser.

Valeria retrocedió.

—Eso es imposible.

—En este tren pocas cosas siguen las reglas del tiempo.

La mujer le pidió que se sentara.

Durante varios minutos conversaron.

La versión adulta de Valeria no le contó qué ocurriría exactamente en su vida. Solo le habló de las decisiones que cambiarían todo.

Le explicó que muchas veces las personas desperdiciaban años enteros esperando el momento perfecto para comenzar algo.

Que el miedo era el pasajero más frecuente de aquel tren.

Y que el arrepentimiento siempre llegaba demasiado tarde.

—¿Entonces todo está escrito?

La mujer negó con la cabeza.

—Al contrario. Nada está escrito. Nosotros somos quienes elegimos cada estación donde queremos bajar.

El tren comenzó a acelerar.

Por la ventana aparecieron lugares imposibles.

Una ciudad construida sobre las nubes.

Un océano donde las estrellas descansaban sobre el agua.

Bosques iluminados por árboles de cristal.

Montañas que flotaban en el cielo.

Cada paisaje parecía representar un futuro diferente.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó Valeria.

—Cada decisión abre un camino nuevo.

Mientras hablaban, el tren llegó a otra estación.

Subió un anciano vestido con uniforme de conductor.

Se acercó lentamente.

—Es hora de continuar.

Valeria observó al hombre.

Algo en su rostro le resultaba familiar.

Entonces comprendió.

Era su abuelo.

No exactamente como lo recordaba.

Parecía más joven.

Más fuerte.

Él sonrió.

—Siempre supe que llegarías.

Las lágrimas comenzaron a caer sin que pudiera detenerlas.

—Te extraño mucho.

El anciano tomó su mano.

—Nunca desaparecemos del todo mientras alguien conserve nuestros recuerdos.

Durante unos minutos caminaron juntos por el tren.

El abuelo le mostró un enorme salón lleno de relojes.

Cada reloj marcaba una hora distinta.

—Cada uno representa una oportunidad que alguien decidió aprovechar.

—¿Y los que están detenidos?

—Son los sueños que fueron abandonados por miedo.

Valeria permaneció en silencio.

Había demasiados relojes detenidos.

Más de los que imaginaba.

El abuelo continuó.

—Las personas creen que el tiempo es infinito.

Pero no lo es.

Lo único verdaderamente infinito son las posibilidades antes de decidir.

Después solo queda vivir con la elección.

El tren comenzó a disminuir la velocidad.

—Tu estación está por llegar.

—¿Volveré a verlos?

Ambos sonrieron.

—Cuando realmente necesites recordar quién eres.

Las puertas volvieron a abrirse.

Valeria descendió.

El tren desapareció lentamente entre la niebla.

Todo volvió al silencio.

Miró su celular.

11:12.

Solo había pasado un minuto.

Pensó que quizá todo había sido un sueño.

Hasta que descubrió el boleto dentro del bolsillo de su chamarra.

Seguía ahí.

Con el número siete.

Y en la parte trasera aparecía una frase escrita con tinta azul.

“El futuro nunca llega por casualidad; siempre viaja en el tren de las decisiones.”

A la mañana siguiente, Valeria tomó una decisión que llevaba años posponiendo.

Aceptó nuevos retos, pidió perdón a quienes había lastimado y comenzó a trabajar por los sueños que antes solo imaginaba.

Nunca volvió a aparecer el misterioso tren.

Sin embargo, cada noche, cuando el reloj marcaba las 11:11, levantaba la vista y sonreía.

Porque comprendió que el verdadero viaje nunca había sido en aquellas vías misteriosas.

El verdadero viaje comenzaba cada vez que una persona encontraba el valor de cambiar su propia historia.

Y desde entonces, cada vez que alguien en el pueblo decía haber escuchado un silbato en medio de la noche, Valeria simplemente respondía con una sonrisa.

Tal vez el tren seguía pasando.

Solo que ahora esperaba a alguien más que necesitara recordar que el destino no es un lugar al que se llega, sino una historia que se escribe todos los días con cada decisión que tomamos.

Raíces de concreto



Historias de personas que construyen
un mejor mañana

COMUNIDAD
EDUCACIÓN
TRABAJO
IGUALDAD
OPORTUNIDADES
ESPERANZA

AQUÍ
TAMBIÉN
HAY FUTURO



Yoselin Guadalupe Vázquez Isidro



Raíces de concreto

—Yoselin Guadalupe Vázquez Isidro

Género: Drama social / Realismo

Realizado con asistencia de IA (Modelo: Gemini)

Personajes principales

Don Elías: Un panadero de la tercera edad que ha alimentado al barrio por décadas.

Valeria: Una joven estudiante universitaria y activista vecinal.

Arturo Montenegro: Un poderoso desarrollador inmobiliario que solo ve números.

Leo: El joven asistente de Montenegro, que creció en un barrio similar pero ahora lo ignora por su sueldo.

Carmen: Una madre soltera que trabaja limpiando oficinas y está a punto de perder su hogar.

Capítulo 1: El peso de un papel

El olor a pan recién horneado siempre había sido el alma de la colonia San Miguel, pero esa mañana, el aire se sentía denso. Don Elías limpiaba el mostrador de su panadería con movimientos lentos, mirando de reojo un sobre manila que le habían dejado bajo la puerta.

La campanilla de la entrada sonó, interrumpiendo sus pensamientos. Era Carmen, quien entró con los ojos rojos, sosteniendo a su hija pequeña de la mano.

—Don Elías, ¿a usted también le llegó? —preguntó Carmen, con la voz quebrada, mostrando un sobre idéntico—. Nos dan treinta días para desalojar. Dicen que el edificio ya no es de nosotros, que lo compró una constructora.

Antes de que el anciano pudiera responder, entró Valeria, cargando una mochila llena de cartulinas y volantes.

—No se van a ir, Carmen. Ninguno de nosotros se va a ir —dijo Valeria, tajante, dejando las cosas sobre una mesa—. Están comprando los terrenos a precios ridículos bajo amenazas legales para construir torres de lujo. Quieren borrarlos del mapa para venderle el barrio a gente que ni siquiera sabe pronunciar el nombre de nuestras calles.

—Pero son millonarios, Valeria... —susurró Don Elías, bajando la mirada—. ¿Qué vamos a hacer nosotros contra esa gente? Yo solo sé hacer pan.

—Usted nos ha dado de comer a todos, Elías. Esa es nuestra fuerza —respondió la joven, decidida—. Hoy mismo empezamos a organizarnos.

Capítulo 2: El precio de la memoria

Días después, una camioneta negra y lujosa se estacionó frente a la panadería. De ella bajó Arturo Montenegro, impecablemente vestido, seguido por su asistente, Leo, un muchacho de traje que cargaba un maletín lleno de contratos.

Montenegro miró el humilde local con desdén.

—Leo, asegúrate de que este viejo firme hoy. Este es el último lote que nos falta para cerrar la cuadra. Ofrécele un veinte por ciento más y terminemos con esto —ordenó el empresario, ajustándose el reloj.

Entraron a la panadería, donde Valeria y Don Elías los esperaban de pie, junto a Carmen.

—Buenas tardes, señor Elías. Vengo a facilitarle la vida —dijo Montenegro con una sonrisa falsa—. Le traigo un cheque que le permitirá jubilarse tranquilamente lejos de este... vecindario.

—Mi vida ya es fácil aquí, señor —respondió Don Elías, firme, limpiándose las manos de harina en el delantal—. Y no me quiero ir. Aquí nacieron mis hijos y aquí enterré a mi esposa. Esta colonia es nuestra.

Montenegro soltó una carcajada seca.

—Mire, seamos realistas. El progreso no se detiene. Este lugar está viejo y sucio. Las personas como ustedes no pueden pagar el nuevo valor de esta zona. Firmen, o el desalojo será a la fuerza. No tienen el dinero para pelear en la corte.

Valeria dio un paso al frente, interponiéndose entre el empresario y el panadero.

—Usted llama progreso a destruir el hogar de familias trabajadoras como la de Carmen para hacer departamentos vacíos de inversión —le espetó Valeria, mirándolo a los ojos—. No vamos a firmar. Y si trae a la policía, tendrá que pasar por encima de toda la colonia.

Leo, el asistente, desvió la mirada. Al ver las manos agrietadas de Carmen y la dignidad de Don Elías, recordó a sus propios padres y el barrio humilde del que había salido. El peso de su maletín de pronto le pareció insoportable.

Capítulo 3: La chispa de la dignidad

Esa misma noche, el barrio entero se reunió en la plaza principal. Valeria tomó un altavoz, mientras Carmen repartía café y Don Elías compartía su pan con los vecinos.

Justo cuando Valeria empezaba a hablar, una figura salió de las sombras. Era Leo. No llevaba el traje del corporativo, sino una chaqueta sencilla. Se acercó a Valeria, nervioso, y le entregó una memoria USB.

—Toma... —murmuró Leo, mirando al suelo—. Aquí están los estudios de impacto ambiental y los permisos irregulares que Montenegro compró por debajo del agua. Si los llevan a la prensa mañana a primera hora, el proyecto se cae.

—¿Por qué haces esto? —preguntó Valeria, sorprendida, tomando el dispositivo—. Montenegro te va a despedir.

Leo miró a Don Elías, luego a Carmen, y finalmente sonrió, sintiendo que por fin podía respirar.

—Porque el dinero de ese hombre compra muchas cosas, pero yo también crecí comiendo pan de barrio. Y hay cosas que simplemente no tienen precio.

Epílogo: El muro humano

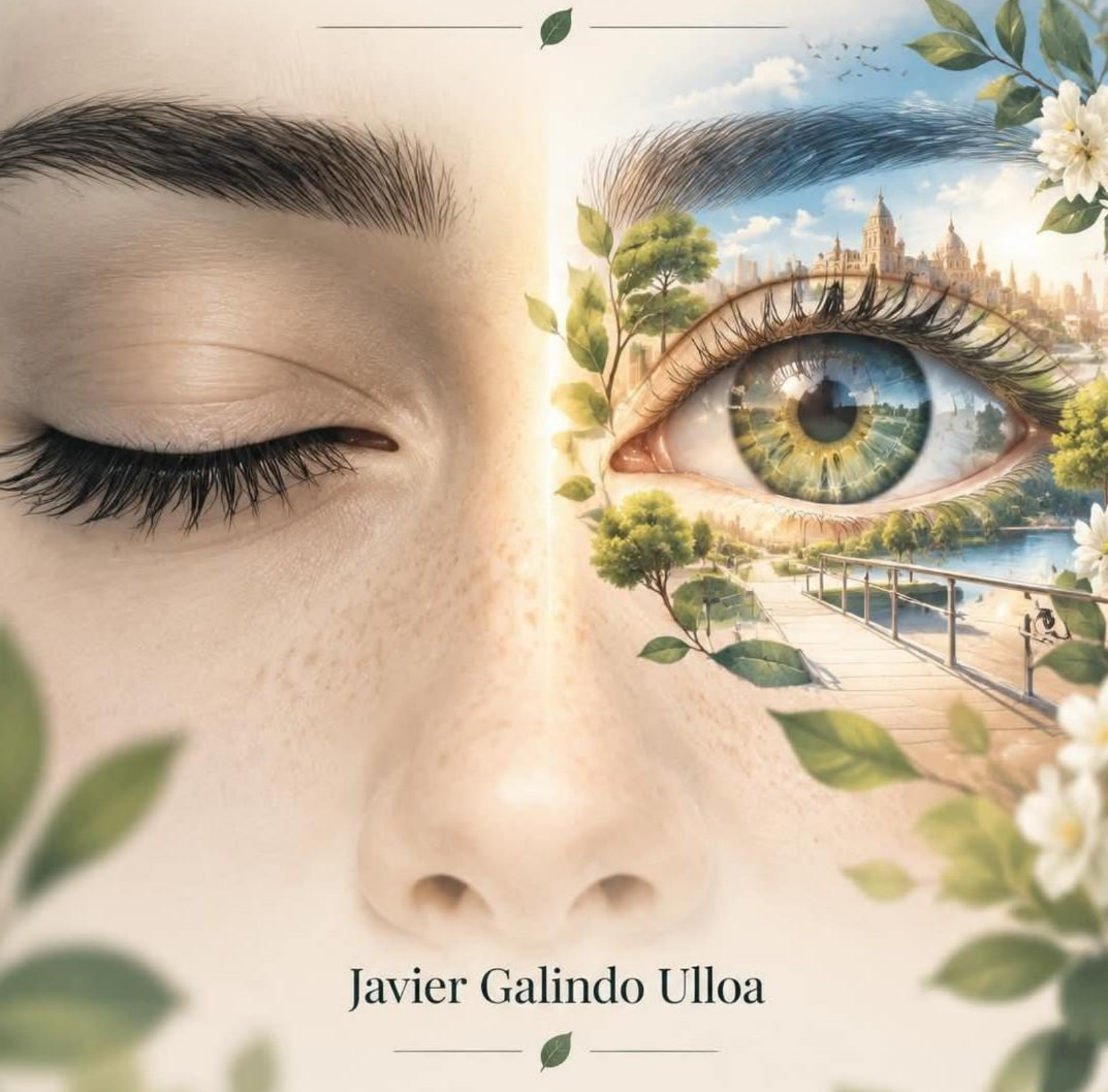
A la mañana siguiente, cuando las grúas de Montenegro llegaron para comenzar las demoliciones ilegales, no encontraron edificios vacíos. Encontraron a más de trescientas personas de pie, hombro con hombro, bloqueando el paso de las máquinas.

En primera fila estaban Valeria, Carmen con su hija, y Don Elías. A lo lejos, las cámaras de los noticieros comenzaban a llegar, alertadas por los documentos filtrados. El empresario, desde su camioneta, supo que había perdido.

La gentrificación y el dinero intentaron arrancar sus raíces, pero esa mañana, la comunidad demostró que cuando los más vulnerables se unen, el concreto de sus calles se vuelve impenetrable.

La vista transforma conciencias

MÁS ACCESO MÁS HUMANIDAD



Javier Galindo Ulloa

La vista transforma conciencias

—Javier Galindo Ulloa

Género: Ciencia ficción social

Realizado con asistencia de IA (Modelo: ChatGPT)

El primer día que llegué a la Facultad de Derecho de la Universidad Metropolitana del Valle, todos hablaban de igualdad, justicia y derechos humanos. Recuerdo haber sonreído mientras sostenía mi bastón blanco. Pensé que había llegado al lugar correcto.

Me equivoqué.

Mi nombre es Daniel. Perdí la vista cuando tenía ocho años y, desde entonces, aprendí que la oscuridad no era lo más difícil de enfrentar. Lo verdaderamente complicado era convencer a los demás de que podía aprender igual que ellos.

Durante los primeros meses de clases intenté pasar desapercibido. Grababa las sesiones con autorización, utilizaba mi computadora con lector de pantalla y pedía con anticipación los materiales digitales. Sin embargo, casi nunca los recibía.

—Lo siento, Daniel —me decía una profesora con una sonrisa amable—. El libro solo está impreso.

Otro profesor respondía:

—No tuve tiempo de convertir los archivos.

Algunos compañeros agregaban:

—Luego te prestamos los apuntes.

Ese "luego" nunca llegaba.

No era mala voluntad. Era algo peor: la costumbre de pensar que la inclusión podía esperar.

Las semanas se convirtieron en meses. Perdí evaluaciones porque los exámenes estaban impresos. No pude consultar jurisprudencias que solo existían en fotocopias. Cuando pedía más tiempo para resolver una prueba adaptada, algunos compañeros murmuraban:

—Tiene ventajas.

Nadie veía las horas que yo dedicaba a buscar materiales accesibles.

Una tarde reprobé, por tercera ocasión, Derecho Constitucional.

Caminé hasta el jardín central del campus y me senté en una banca.

No lloré por haber reprobado.

Lloré porque comenzaba a creer que quizá tenían razón quienes pensaban que yo no pertenecía allí.

Aquella noche, mi hermano Ernesto llegó a casa con una emoción que hacía mucho no le veía.

—Daniel, tienes que ver esto.

Reí.

—Sabes que esa frase conmigo siempre resulta curiosa.

—Perdón... tienes que escuchar esto.

Encendió una tableta y comenzó a describirme una noticia.

Una empresa de bioingeniería había desarrollado un implante ocular llamado NovaSight. No devolvía completamente la visión, pero utilizaba inteligencia artificial, sensores cuánticos y estimulación neuronal para transformar el entorno en imágenes interpretables por el cerebro.

Según el reportaje, quienes utilizaban el implante podían distinguir rostros, leer textos impresos y digitales e incluso desplazarse sin bastón en muchos espacios.

Permanecí en silencio.

—¿Cuánto cuesta? —pregunté.

Ernesto tardó unos segundos en responder.

—Demasiado.

La cifra equivalía a varios años del ingreso de nuestra familia.

Sentí que la esperanza duraba exactamente lo que tardaba una persona en pronunciar un número.

—Olvidalo.

—No.

—Ernesto...

—No pienso olvidarlo.

Durante las siguientes semanas investigamos todo sobre el implante. No era magia. No curaba la ceguera. Simplemente interpretaba millones de datos por segundo y construía una representación visual que el cerebro podía comprender. Era una prótesis

tecnológica. Una extensión del cuerpo. Una oportunidad. Pero también era un privilegio reservado para quienes podían pagarlo.

—¿Y si hacemos una colecta? —propuso Ernesto.

Solté una carcajada.

—Necesitaríamos convencer a medio país.

Él respondió con absoluta seriedad.

—Entonces convenzamos a medio país.

La campaña comenzó con un pequeño video grabado desde mi habitación. No pedí caridad. Conté mi historia. Expliqué que yo no había reprobado por falta de estudio. Había reprobado porque la universidad seguía diseñada para un solo tipo de estudiante. El video terminó con una frase que improvisé frente al micrófono: "No necesito que me regalen el futuro. Necesito que las oportunidades dejen de depender de cuánto puede ver una persona."

A la mañana siguiente tenía cientos de reproducciones. Después miles. Luego cientos de miles. Periodistas, estudiantes, profesores y organizaciones comenzaron a compartir la historia. Lo inesperado ocurrió pocos días después. Muchos mensajes no ofrecían dinero. Ofrecían disculpas. Una profesora escribió: "Nunca pensé en enviar los materiales antes de clase. Ahora entiendo que mi olvido también excluye." Un estudiante confesó: "Creía que darte más tiempo en un examen era un privilegio. Ahora entiendo que era igualdad." Leí cada mensaje con ayuda del sintetizador de voz. Por primera vez sentí que alguien comenzaba a comprender.

Dos meses después alcanzamos la cantidad necesaria. La cirugía fue breve. Lo difícil vino después. El médico explicó que mi cerebro tendría que aprender una nueva forma de interpretar el mundo. Cuando activaron el implante, una lluvia de destellos atravesó mi mente. No eran colores. No eran figuras. Eran patrones luminosos imposibles de describir. Durante semanas aprendí a reconocer una puerta. Después una ventana. Más tarde un rostro. El día que distinguí la sonrisa de Ernesto permanecimos varios minutos sin hablar. Él lloraba. Yo también.

—¿Así era tu cara todo este tiempo? —pregunté.

—Sí.

—Te imaginaba diferente.

—¿Mejor?

—Muchísimo peor.

Los dos reímos.

Regresé a la universidad al inicio del siguiente trimestre. Muchos esperaban encontrar a un estudiante completamente distinto. No era así. Seguía necesitando materiales accesibles. Seguía utilizando lector de pantalla. Seguía solicitando versiones digitales. El implante ayudaba. No resolvía la exclusión. La primera clase fue reveladora. El profesor proyectó un texto.

—Lean el caso y respondan.

Varios estudiantes comenzaron inmediatamente.

Yo levanté la mano.

—Profesor, ¿podría compartir también el archivo digital?

Guardó silencio. Después respondió:

—Tiene razón. Debí haberlo preparado.

Cinco minutos más tarde todos recibimos el documento en nuestros dispositivos.

Una compañera comentó:

—La verdad... así es más cómodo para todos.

Sonreí. Aquello era inclusión. No un favor. Una mejora para todo el grupo. Los cambios comenzaron lentamente. La biblioteca inició un programa de digitalización. Los exámenes dejaron de imprimirse únicamente en papel. Las aulas incorporaron lectores automáticos de documentos. Los profesores recibieron talleres sobre accesibilidad. No porque existiera un estudiante con discapacidad visual, sino porque comprendieron que una universidad debía estar preparada antes de que cualquier estudiante llegara.

Un día, mientras caminaba por el campus, una alumna de primer ingreso se acercó. También era ciega. Llevaba un bastón blanco parecido al mío.

—¿Eres Daniel?

—Sí.

—Solo quería darte las gracias.

—¿Por qué?

—Ahora los materiales llegan accesibles desde el primer día.

Ya no tengo que pedirlos.

No supe qué responder. Ella continuó caminando.

Yo permanecí inmóvil. Entonces entendí que la verdadera transformación nunca había estado dentro de mis ojos. Había ocurrido alrededor de ellos. A veces me preguntan si el implante cambió mi vida. Siempre respondo lo mismo. Sí. Ahora puedo leer muchos libros impresos. Puedo reconocer los gestos de quienes conversan conmigo. Puedo

observar la lluvia golpeando los ventanales de la facultad. Pero el mayor cambio no vino del dispositivo. Vino cuando la comunidad comprendió que la inclusión no consiste en esperar a que una persona se adapte a un sistema excluyente. Consiste en transformar el sistema para que nadie quede fuera. El implante me permitió ver. La solidaridad permitió que otros empezaran a mirar. Y, quizá, esa sea la forma más profunda de la justicia. Porque una universidad verdaderamente inclusiva no es aquella donde una persona con discapacidad logra sobrevivir. Es aquella donde nunca tiene que demostrar, una y otra vez, que merece estar allí.



La creatividad humana encuentra nuevas formas de expresarse cuando dialoga con la tecnología. En **Algoritmos de la imaginación**, la escritura y la inteligencia artificial se encuentran para dar origen a relatos que exploran el misterio, la ciencia ficción, la fantasía, el drama, el romance y las emociones que atraviesan la experiencia humana.

Este número reúne cuentos creados con apoyo de herramientas de IA, en los que cada autora y autor transforma ideas, inquietudes y mundos posibles en narraciones propias. Más que sustituir la imaginación, la inteligencia artificial aparece aquí como una aliada para experimentar con la palabra, ampliar horizontes narrativos y descubrir nuevas rutas para contar historias.

La presente publicación forma parte de una serie integrada por **12 entregas** que, en conjunto, muestran la diversidad de voces, géneros y estilos que pueden surgir cuando la escritura se convierte en un espacio de colaboración entre personas y sistemas inteligentes.

Cada relato invita a mirar la creación literaria desde una perspectiva contemporánea: una en la que la sensibilidad, la memoria, la intuición y la tecnología se entrelazan para construir nuevas posibilidades narrativas.

Te invitamos a visitar otros números de la revista en:
<https://revistaiauama.com/>

Esta publicación forma parte de las **12 entregas** de este número especial dedicado a la creatividad a través de la escritura y la creación literaria con inteligencia artificial.

Revista IA UAM-A • Departamento de Administración
Contacto: iauama@azc.uam.mx

